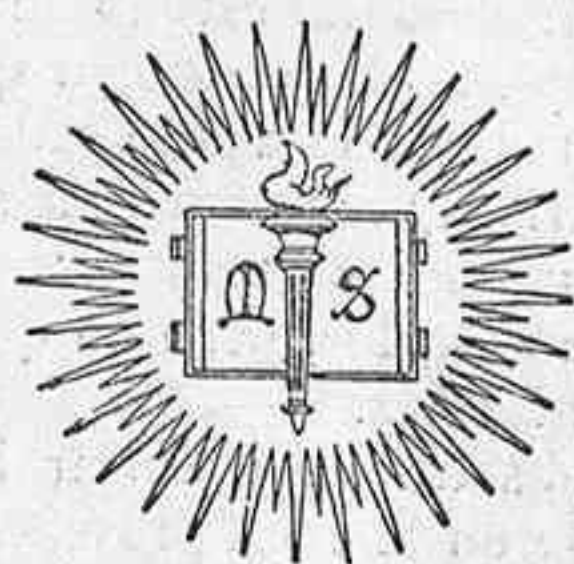


La Ilustración Artística



AÑO XXX

BARCELONA 29 DE MAYO DE 1911

NÚM. 1.535

ROMA — EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE MODERNO



CAMPESINA DE MORA (SUECIA) EN TRAJE DE FIESTA, cuadro de Anders Zorn

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el segundo tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA de la serie correspondiente al presente año, que es

OBRAS ESCOGIDAS DE GASPAR NÚÑEZ DE ARCE y en el que figuran, además del *Discurso sobre la Poesía, Raimundo Lulio, La selva oscura, El vértigo, La última lamentación de Lord Byron, Idilio, y Elegía*, con magníficas ilustraciones de Pradilla, Domínguez, Jiménez Aranda, Méjida (Aruro y Enrique), Plasencia, Villodas, Villegas y Vallés.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El gesto*, cuento de José Francés. — *La embajada extraordinaria española en Roma*. — *Congreso contra la peste*. — *Raid aéreo París-Madrid*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Justicia humana* (novela). — *Aventuras de Juanito y Juanita* (conclusión). — *Valencia. Segunda Asamblea Nacional de Editores y Libreros*. — *Madrid. Concierto en honor de los excursionistas asturianos*.

Grabados.—*Campeña de Mora (Suecia) en traje de fiesta*, cuadro de A. Zorn. — Dibujo de Sardá, ilustración al cuento *El gesto*. — *San Jorge*, estatua de V. Vallmitjana. — *Lección de natación*, altorrelieve de A. Parera. — *Barcelona. VI Exposición Internacional de Arte*. — *Roma. La embajada española*. — *Mukden. Congreso contra la peste*. — *Raid París-Madrid*. — *Roma. Exposición Internacional de Arte Moderno*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Valencia. Grupo de asambleístas*. — *Madrid. Concierto en el Retiro*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cervantes es de actualidad, se prepara su Centenario, y cuanto se refiere al padre del habla española (nótese que digo al padre, no al abuelo, porque, antes de Cervantes, contó el habla con abuelos muy ilustres) tiene que revestir interés.

He aquí por qué no juzgo inoportuno incluir entre los asuntos que afectan á la vida contemporánea, la aparición de un libro que se titula *Psicología de las novelas ejemplares del sin par Cervantes*, y cuyo autor es D. Baldomero Villegas, persona á quien conozco desde muchos años hace, y á quien estimo, considerando hombre de ilustración y de notoria competencia, dada su continua lección de las obras del Manco Insigne. Un espíritu tan enamorado de Cervantes, además debe de ostentar cultura, humanidad y rectitud.

No hay entre el Sr. Villegas y yo más que una valla; eso sí, lo bastante alta para separar totalmente nuestro criterio sobre lo divino y lo humano; y es que el Sr. Villegas posee una fe que á mí me falta por completo. El cree seriamente en las revelaciones de los mediums y los espíritus; para decirlo pronto, él es algo espiritista; y yo lamento que esta convicción me sea imposible de adquirir, pues bien que me gustaría evocar, por ejemplo, el espíritu de Hernán Cortés, para que me sacase de dudas respecto á algunos puntos de su historia que acaso no sea posible ilustrar documentalmente. En fin, y vengan ó no vengan (esto último me parece lo más cierto), los espíritus á entenderse con nosotros, ello es que el Sr. Villegas, á quien juzgo sincero é incapaz de prestarse voluntariamente á farsa alguna, nos entera de que un amigo suyo arquitecto, el Sr. Navarro, le informó en Zaragoza, el año 1889, de que un carpintero sonámbulo y que nunca había leído *El Quijote*, lo interpretaba, en estado sonámbulo, de una manera sorprendente. Como que el bueno del sonámbulo explicaba cuál había sido la intención noble, generosa y patriótica de Cervantes al componer su libro. Lo malo fué que, entre explicación y explicación, el carpintero se perturbó, su excitación nerviosa llegó á alarmar á cuantos le consultaban y hubo que suspender el curso de cervantismo.

En cuanto al Sr. Villegas, él nos dice que, habiendo leído un libro, donde la doctrina del carpintero se exponía, y releído el *Quijote* se puso su espíritu al tono en que estaba Cervantes cuando lo escribió, y como por transmisión de ondas hertzianas, tuvo la clave del sistema político-filosófico-social encerrado por Cervantes en él, á fin de reformar la sociedad de una manera anagógica. Me sirvo de las propias palabras del Sr. Villegas, que es el modo de no traicionar su pensamiento. La opinión del Sr. Villegas es que tal reforma de la sociedad, oculta por Cervantes en las páginas del *Quijote*, sería la salvación, no sólo aplicándola al siglo XVII, sino también á los problemas actuales.

Bajo el influjo de esta comunicación, escribió el Sr. Villegas un libro, que hace tiempo he leído, y se titula *Estudio topológico del Quijote*. Creo recordar que entonces y siempre manifesté al autor mis dudas, mejor dicho, mi escepticismo respecto á las intenciones reformadoras y proféticas de Cervantes. Hoy no se trata de aquel libro, sino de otro nuevo, y voy á proceder con la misma lisura y franqueza, á la vez

que con idéntica tolerancia, pues esta virtud no se ejercita abdicando nuestro raciocinio y pensando por cuenta ajena, sino empleando, al manifestar el propio criterio, formas respetuosas.

Desde luego, leyendo el prólogo del libro de que trato, se ve que el autor está dolido, no sólo de las faltas de consideración intelectual que con su primer obra se cometieron, sino del estado general de nuestra patria. Y en esto, no he de negar que lleva alguna razón, porque tampoco nuestra patria se encuentra como yo desearía. Quizás los males que Villegas deplora no son los mismos que yo pudiera deplorar, ó al menos no lo son todos, pero en que hay mal en la aldehuela..., conformes.

Llegando, no obstante, á precisar las causas de este mal de España en la edad presente, el Sr. Villegas echa la culpa á que continuamos siendo los mismos que en tiempo de Cervantes; que nada hemos variado, y no sólo no existe aquí libertad de conciencia, sino que nos domina la más negra y feroz intolerancia.

Aquí empiezan mis reparos, pues amén de que creo que hemos cambiado bastante desde el siglo XVII, considero que la intolerancia en materias religiosas, tan detestada por el Sr. Villegas, fué muy general en todas partes, y se manifestó en las sangrientas y crueles guerras de religión en diversos países de Europa, y en los suplicios que se aplicaron en Inglaterra, Francia, Holanda (la Holanda contraria á nuestra dominación) y Suiza, donde Calvino quemó con leña verde á Servet. En la actualidad, en España, la intolerancia ha girado sobre su eje, y los más intolerantes son los más avanzados, lo cual prueba que esto será, en todo caso, forma de nuestra psicología, y no influjo religioso. No sé de ningún protestante, de ningún judío, de ningún pensador, que sufra hoy persecución por sus ideas. Aquí se habla y se escribe y estoy por decir que se hace cuanto se quiere. Vidart, muy amigo de Villegas y mío también, creía que esto era una inferioridad; que la intransigencia es hija legítima de la convicción. Sea ó no inferioridad, transigentes somos. Yo recordaba á Villegas que la madre de la reina misma, en Palacio, cumple los ritos de su creencia protestante, sin que nadie lo encuentre malo, ni se escandalice.

Pero, aparte de tal discusión, queda por averiguar la relación que guarda con las ideas esotéricas de Cervantes, y cómo Cervantes pudo presentir nuestro desarrollo histórico actual.

No creo que sea el Sr. Villegas el primero que ha encontrado en Cervantes un sentido recóndito, una profunda intención. Apoyándose principalmente en los pasajes del «cuerpo muerto», en el encuentro nocturno con la Iglesia, y en algún otro, varios cervantistas supusieron en el autor del *Quijote* una protesta contra el estado social de su país, contra el poder del clero y de la nobleza. Yo, por mi parte, no lo afirmaría; diversos pasajes atestiguan lo contrario; y Cervantes había viajado tanto, que, en aquella época, mal pudiera presentar á su patria como ejemplo de nación decaída, pues distaba de serlo, siquiera declinase su poderío ya. Cree, sin embargo, el Sr. Villegas que las *Novelas Ejemplares*, publicadas entre las dos partes del *Quijote*, son algo como la serie de los *Rougon Macquart* de Zolá; un cuadro total de la corrupción y rebajamiento nacionales. Por más que hago, no discierno en Cervantes tal propósito, sino la fidelidad de su retina, al retratar con profundo realismo las costumbres, los tipos y la vida de su tiempo, á lo Velázquez.

Sin género de duda, en toda obra genial por excelencia, como es la de Cervantes, suele descubrir cada cual el sentido que busca y frases en armonía con sus secretos anhelos. Hay libros que, ábranse por la página que sea, responden. En la Biblia, en la *Imitación*, en Shakespeare, hay para todos los gustos, y lo propio dicen los árabes de su Korán. En cuanto á rasgos que parecen anunciar y prever descubrimientos futuros, los encontraremos en muchos grandes autores, empezando por Séneca, que predecía el descubrimiento de América, y siguiendo por el Dante, que anunció la teoría de la termodinámica y demostró conocer las constelaciones del hemisferio Sur. No quiero, pues, negar que en Cervantes existan intuiciones verdaderamente asombrosas, ni que su condición mental y su literatura, sean algo muy comprensivo y progresivo, y que sus máximas contengan doctrina.

Mucho va de esto á convenir en que el autor del *Quijote*, enmascarándose y embozándose, escribiese, como entiende el Sr. Villegas, contra el Pontificado romano, contra la monarquía y contra el estado social de su época, con vistas al siglo XX además.

Se alega que Cervantes no podía exponer explícitamente su pensamiento, por temor á la censura, á las persecuciones, á los poderes, etc. Queriendo, como quiere Villegas, agigantar la figura de Cervan-

tes, resulta que así la empequeñece mucho. O Cervantes aspiraba, en efecto, á reformar, ó no. Si aspiraba, fué un tanto cobarde al envolver sus planes de reforma de creencias é instituciones en velos, tan densos y tupidos, que no puede descorderlos la crítica histórica, y se necesitan el sonambulismo y las ondas hertzianas para disipar la bruma. Apocamiento censurable y no creíble sería éste en el soldado de Lepanto, en el cautivo de Argel. No procedió así Quedo, satírico bastante más amargo y crudo que Cervantes. Quedo arrojó lo que viniese, y dijo las del barquero al privado y al monarca, deplorando con intensidad enérgica la decadencia del «cuerpo enfermo» y exclamando: «¡Grande eres, Filipo, como el hoyo, que cuanto más le quitan, más grande es!»

Si nos atenemos á lo que Villegas piensa encontrar en las *Novelas Ejemplares*, la Gitanilla no es la salada muchacha bailadora, sino una alegoría de la libertad; D. Juan de Cárcamo representa el absolutismo tradicionalista, y, al irse tras Preciosa, es que el absolutismo se identifica con la libertad; los razonamientos que pasaban los dos amantes, no son plática de amor, son el sistema liberal opuesto al autoritario.

Por lo tanto, entiende Villegas que la Gitanilla encierra una enseñanza trascendentalísima en el orden político-filosófico-social, que debe servir de rumbo á estadistas y sociólogos, para bien de la humanidad y de la patria.

En cuanto al *Amante Liberal*, le parece una sátira muy sutil contra el Pontificado romano y una excitación á sacudir su tutela; *Rinconete y Cortadillo*, otra contra la sociedad en general, y en particular contra la administración de justicia; *La Española Inglesa*, un panegírico de la libertad de conciencia y de Isabel Tódor, en cuyos reinos entiende Villegas que se practicaba ampliamente tal virtud, á pesar de que la protestante madre del conde Arnesto, para excusarse de envenenar á la católica Isabela, alega que lo hace «por quitar de enmedio á una que profesa otra religión, lo cual es sacrificio al cielo.» Y así sucesivamente, *El Licenciado Vidriera* es un regenerador, el caso de violencia que da asunto á *La Fuerza de la Sangre* una demostración de que estamos intoxicados por la Iglesia católico-romana, y un alegato contra el matrimonio según el Concilio de Trento, y *El Celoso Extremeño* una diatriba contra la esclavitud, *El Casamiento Engañoso* una crítica sañuda de los militares de entonces. No me alcanza el espacio de que dispongo para reseñar lo que en todas las *Novelas* rastrea su comentador, pero debo advertir que siendo Villegas un caballero muy verídico de fijo, tanto se ahinca en lo que, pues hablamos de Cervantes, llamaré «sus empecatadas caballerías» que, citando la segunda parte del *Quijote*, y recordando que Cervantes escribe que «por cuatro cosas es por lo único que se deben batir los pueblos, la primera por defender la fe católica» añade de su cosecha el comentador «que es como decir la fe universal, dado que católica es lo mismo que universal, y que es como decir, por la libertad de conciencia, puesto que la fe universal es el respeto á la fe de todas las creencias...»

No me he propuesto, no diré rebatir, pero ni aun examinar en todas sus partes el libro á que vengo refiriéndome. No soy, por otra parte, lo que se llama cervantista; es decir, no me he consagrado especialmente al estudio de la obra del Gran Manco. He desconfiado siempre de los cervantistas de profesión, como el que conocí en Esquivias y que encontraba significado arcano á las tinajas tobosescas, iguales á las que allí me enseñaron. Bueno y sano leer á Cervantes, pero, si la lectura no va acompañada de otras varias y fuertes, suele producir como una especie de embriaguez mental. Nada creo tan peligroso para la independencia del espíritu como una sola lectura. La triaca del libro, es el libro.

Leí á Cervantes y hasta me supe de memoria trozos del *Quijote*, en la niñez; y lo releo con deleite de cuando en cuando. Siempre he visto en él enseñanza, sátira, humorismo, estudio admirable de las costumbres, fondo filosófico natural, sin sujeción á métodos ni sistemas, sentido hondo, algo misterioso como el genio mismo en su esencia; pero lo propiamente esotérico, reservado para que lo interpreten los venideros siglos, confieso que no lo percibí; ni me convenirá el mismo sabio Alquife de que, cuando Cervantes escribe «Iglesia católica,» hay que leer «libertad de conciencia.»

Ya ve el Sr. Villegas que no procedo con él descortésmente; que no hago caso omiso de su obra; que la trato con el debido miramiento. Y, á un hombre tan partidario, tan prendado de la libertad, no espero que ha de sentarle mal que libremente haya expuesto, mi parecer, modesto y sin andamiaje científico, sobre los delicados puntos de vista que presenta el libro.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL GESTO, CUENTO DE JOSÉ FRANCÉS, dibujo de Sardá



Unos brazos le sujetaron por detrás; le enredaron una pierna entre las suyas...

I

Momentos antes de sonar la voz del traspunte por los pasillos del teatro, llamó el empresario en la puerta de Pablo Heredia, el primer actor.

—¿Se puede?

—Adelante, D. Luis.

Heredia desvió un poco la vista del espejo para mirar el rostro del empresario.

—¡Mala cara trae usted, D. Luis!.. Poca gente, ¿eh?

—Tan poca que no podemos seguir así, amigo Heredia. Hay que dar esa *Fuerza Rota* cuanto antes. Si no, el lunes que viene me parece que no hay nómina.

Heredia no contestó, volviendo al espejo á pintarse levemente los ojos.

Hubo un largo silencio.

Ninguno de los dos hombres quería hablar primero, temeroso de soltar alguna palabra imprudente.

El empresario confiaba en *La Fuerza Rota*, un drama brusco, áspero, entre hombres de patíbulo y mujeres de hospital, hecho como una malla para el temperamento de Heredia.

El gran actor había acogido entusiasmado la obra y aseguró que en ella obtendría el mayor de sus triunfos. Sin embargo, la escena final le preocupaba hondamente. Al protagonista lo apuñalaban é iba á morir desangrado, ya en las nieblas inconscientes de la agonía, á los pies de una mujer.

Durante los ensayos no hizo sino *marcar* el gesto, sin acentuarle, con esa indiferente monotonía de los actores lejos del público.

Pero el empresario y el autor de la obra adivinaron en su expresión débil, imprecisa, toda la intensidad trágica que el actor daría á la escena culminante. Hablaron de ello y la esperanza corrió de unos labios á otros y se asomó á las crónicas teatrales de los críticos.

Heredia se enorgullecó primero; luego se encogió

de hombros. Por último tuvo miedo, un terror irreflexivo, casi anormal, al tercer acto, á aquel gesto de suprema convulsión en el que habría todo: rabia, dolor, amor á la vida, amor á la mujer, vergüenza y odio de vencido...

Pero sobre todo la violenta tensión facial que impone la muerte al doler dentro de la vida.

¿Cómo serían, entonces, los ojos? ¿Qué color pintarían los labios? ¿A qué debía sonar la voz? ¿Temblarían las manos? ¿Se crisparían en garra? ¿Tendrían esa languidez, esa enfermiza blandura que parece estirar los dedos?

Preguntas crueles, íntimas, á las que no encontraba solución ante el espejo ó en sus insomnios tenaces y desesperados.

Los ensayos no acababan nunca. El autor y la empresa marcaron dos ó tres fechas y Heredia siempre las retrasaba.

Por los escenarios corrió la noticia del miedo de Heredia. Hicieron chistes punzantes acerca del actor y del título de la obra. Sus compañeros hablaban de él con esa malsana displicencia de la gente de tablas.

Y sin embargo, á pesar de la sala vacía, de la desesperación del autor, de los gritos del empresario; á pesar de que comprendía lo fatalmente decisivos que eran aquellos momentos para su gloria, Heredia seguía retardando el estreno.

—¿Podemos empezar, D. Pablo?

Era el traspunte asomándose en la puerta entreabierta.

—Pasa, dijo D. Luis.

—Mande usted.

—Mal, ¿verdad!

—Sí, señor... Casi toda es gente que *vale*... Los podemos contar: somos más dentro que fuera.

Heredia se mordió los labios.

—Bueno. Anda, empieza. Llámame la escena antes.

Salió corriendo el traspunte.

Sonaron tres timbrazos agudos y prolongados. Después, las voces reglamentarias:

—¡Vamos á empezar! ¡Batería!

Carreras en el piso de encima. Abrir y cerrar de puertas. Ruge-ruge de faldas. Luego un gran silencio. Se había levantado el telón.

—Bueno, amigo Heredia, ¿qué hacemos? Yo casi no puedo continuar. El autor dijo anoche que iba á retirar la obra. ¡Figúresel!.. No hay más remedio que fijar una fecha...

—Bueno... Pues..., el lunes.

—¿El lunes? No, Heredia, de ningún modo. El viernes. Así son cuatro entradas seguras: el estreno, el sábado por la noche y las dos del domingo.

—Pero...

—Nada, nada. ¿Hoy es martes? Pues dentro de tres días. Pasado mañana pone usted en tablilla «ensayo general con todo» y yo avisaré á los fotógrafos. Ahora mismo voy á decir que hagan los sueltos de contaduría y que avisen á la imprenta para el pie del cartel. ¿Conformes?

—Bien, sí. Conformes.

II

Cerca de las dos de la madrugada salió Pablo Heredia del teatro, después de ultimar detalles y responder á consultas referentes al estreno.

Salió solo, rehuyendo todo acompañamiento.

La noche era húmeda de niebla. Finaba noviembre y un frío sutil le hizo levantar el cuello de piel del gabán.

Echó á andar á la ventura, ansioso de soledad, de entrar en sí mismo, lejos del aire caldeado y espeso del teatro, libre de aquella repentina fiebre que había despertado la proximidad del estreno, asegurador de la nómina.

Estaba aturdido, inseguro de sí mismo, en esa

brutal emoción de inquietud y de hostilidad que nos rompe la carne y el cerebro después de las resoluciones extremas.

¿Cómo expresaría aquel momento? ¿Cómo mirarían los ojos? ¿A qué debía sonar la voz?

Andaba inconsciente, sordo, sin sentir el agua invisible de la niebla. Bajo sus pies el suelo resbalaba silencioso.

Fué dejando atrás las calles céntricas y amplias, camino de los barrios bajos, que en la fría noche de noviembre tenían una lobreguez siniestra. Calles de crimen y de miseria, con faroles de luz amarillenta, y á trechos el resplandor de una taberna.

Desde los primeros ensayos de *La Fuerza Rota*, adquirió el actor aquella costumbre de recorrer los barrios plebeyos, buscando en los barracones de cinematógrafo, en los cafetines y las tabernas el tipo concebido por el autor.

Pero siempre acompañado, en divertido holgorio de señoritos juerguistas. No como entonces, solo y lleno de angustia dentro del cálido abrigo de su gabán de pieles.

De pronto se detuvo mirando en torno suyo. Se había perdido. Estaba en lo hondo de un callejón. A la izquierda, la negra oscuridad de unos solares. A la derecha, la mísera melancolía de unas casas altas, de portales estrechos.

Ni una voz; ni un rumor de pasos.

Entre la niebla se abrían las manchas amarillas y opacas de lejanos faroles.

Echó á andar hacia arriba pisando fuertemente sobre las losas, mintiéndose valor á sí mismo. Por un momento le dolió en el corazón el medroso silencio del sitio.

Dió la vuelta á una esquina y se detuvo mirando á los dos extremos de la nueva calle. Tampoco la recordaba. Frente á él tres mujeres discutían y blasfemaban.

Siguió andando por calles semejantes y desconocidas; cada vez más inquieto, cada vez más desorientado.

Tenía la boca seca, doloridas las sienas...

Y sin saber cómo se encontró delante de una taberna. Volvió á él la obsesión del tipo, aquella figura brava y cínica de chulo que habría de crear el viernes próximo.

Puso la mano en el picaporte y abrió la puerta. Un vahó espeso y maloliente le abofeteó. El local era reducido y pobre.

Había tres mesas con gente y una vacía. Detrás del mostrador un hombre gordo, de bigotes rojos, leía *El Radical*.

Su entrada causó una gran extrañeza de asombro. Luego, al verle sentarse, desabrochase el gabán de pieles, hubo cuchicheos.

En una de las mesas había una vieja astrosa bebiendo á breves sorbos un gran vaso de aguardiente. En otra mesa una mujer y un hombre hablaban en voz baja. Y en la última mesa, en la del rincón, dos hombres jugando á las cartas.



San Jorge, estatua de Venancio Vallmitjana (VI Exposición Internacional de Arte de Barcelona.)

Se acercó el tabernero á Heredia.

—¿Qué va á ser?

—Cualquier cosa... Cerveza.

Comprendió que había hecho mal en entrar allí, en quitarse los guantes y dejar desnudas las manos con el centelleo de las sortijas.

Pero ya no tenía remedio, y como otras veces en momentos de peligro, tuvo la audacia de su impru-

dencia. Miró fijamente, descaradamente, á los dos hombres del rincón.

Los hombres rehuyeron la mirada. Vestían pobremente y tenían cara de presidio.

Poco á poco, el instintivo miedo del actor se fué transformado en curiosidad, casi en alegría. Cualquiera de aquellos hombres podía servirle de modelo. Tenían la frente estrecha, los ojos hundidos bajo la doble oscuridad de las cejas. Las manos velludas, con los dedos cortos y rotos de uñas, parecían garras. Las mandíbulas inferiores se adelantaban con un gesto atávico de fieras.

Pero al poco tiempo, viéndose observados, los dos hombres cambiaron algunas palabras en voz baja y salieron de la taberna.

Pasó tiempo.

La vieja se había dormido sobre la mesa. El hombre y la mujer seguían cuchicheando. El tabernero leía *El Radical*.

Heredia se levantó, pagó y salió á la calle.

El frío y la niebla de antes le esperaban. Miró á ambos lados dudando dónde ir.

Después de todo, igual daba. A algún sitio iría á parar.

La calle desierta y muda. Sus pasos sonaban sobre las losas. Encendió un cigarro.

Calles estrechas y cortas; calles estrechas y largas. De pronto, inesperadamente, una avenida ancha con árboles esqueléticos y mortecinos faroles. Al fondo, moles negras de fábricas. Estaba en las Rondas.

Sintió pasos detrás de sí. Volvió la cabeza y entre la niebla le pareció adivinar dos hombres. ¿Serían los de?.

Siguió andando.

Unos brazos le sujetaron por detrás; le enredaron una pierna entre las suyas y cayó de lado. Después un golpe en el pecho, una sensación de frío agudo y se desvaneció...

III

Cuando abrió los ojos le acostaban sobre una cama de la Casa de Socorro.

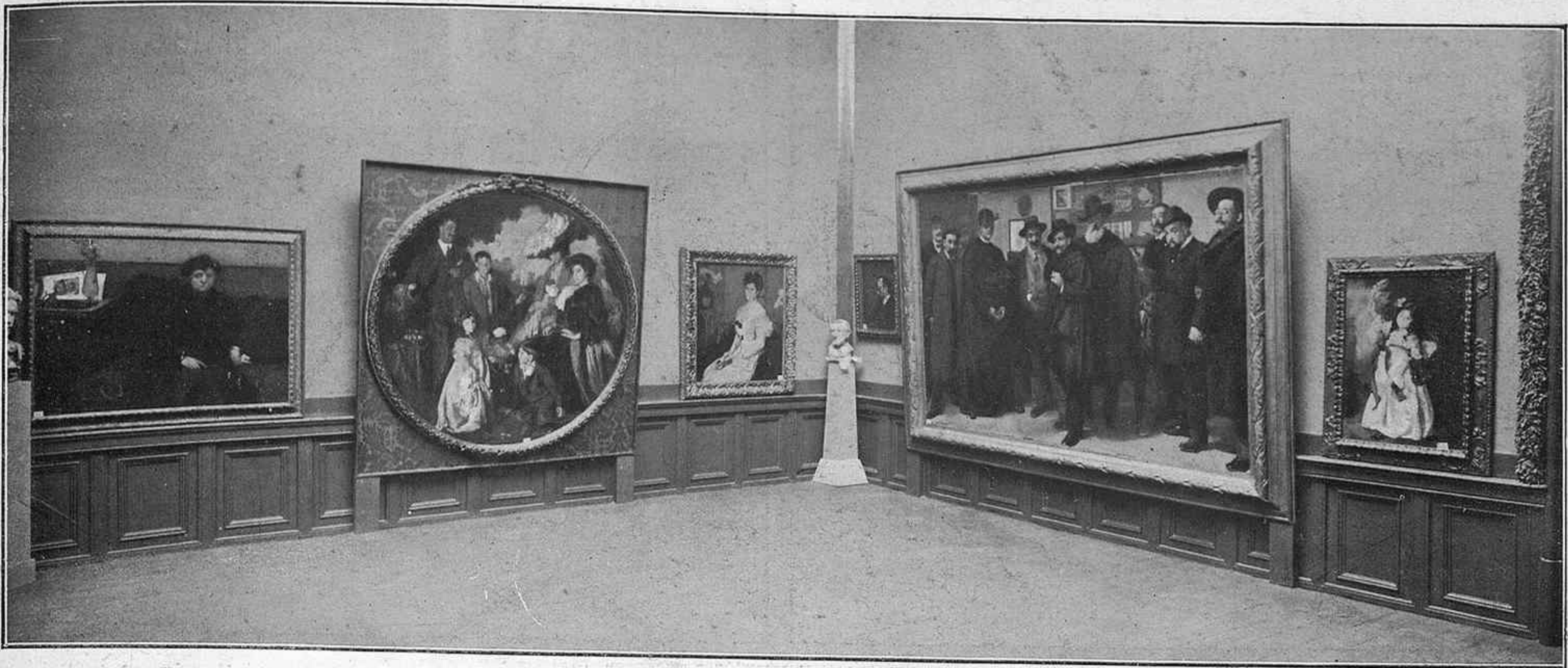
Sentía un dolor penetrante en el costado izquierdo. Tenía la frente ardorosa y un frío extraño en la nariz. Por sus miembros avanzaban una languidez, una dejadez extremas.

Recordó como en sueños: una puñalada, la muerte quizás. Y recordó también lo otro: el gesto, aquel gesto trágico que nunca pensó encontrar. Entonces, súbitamente enloquecido, se incorporó en la cama gritando:

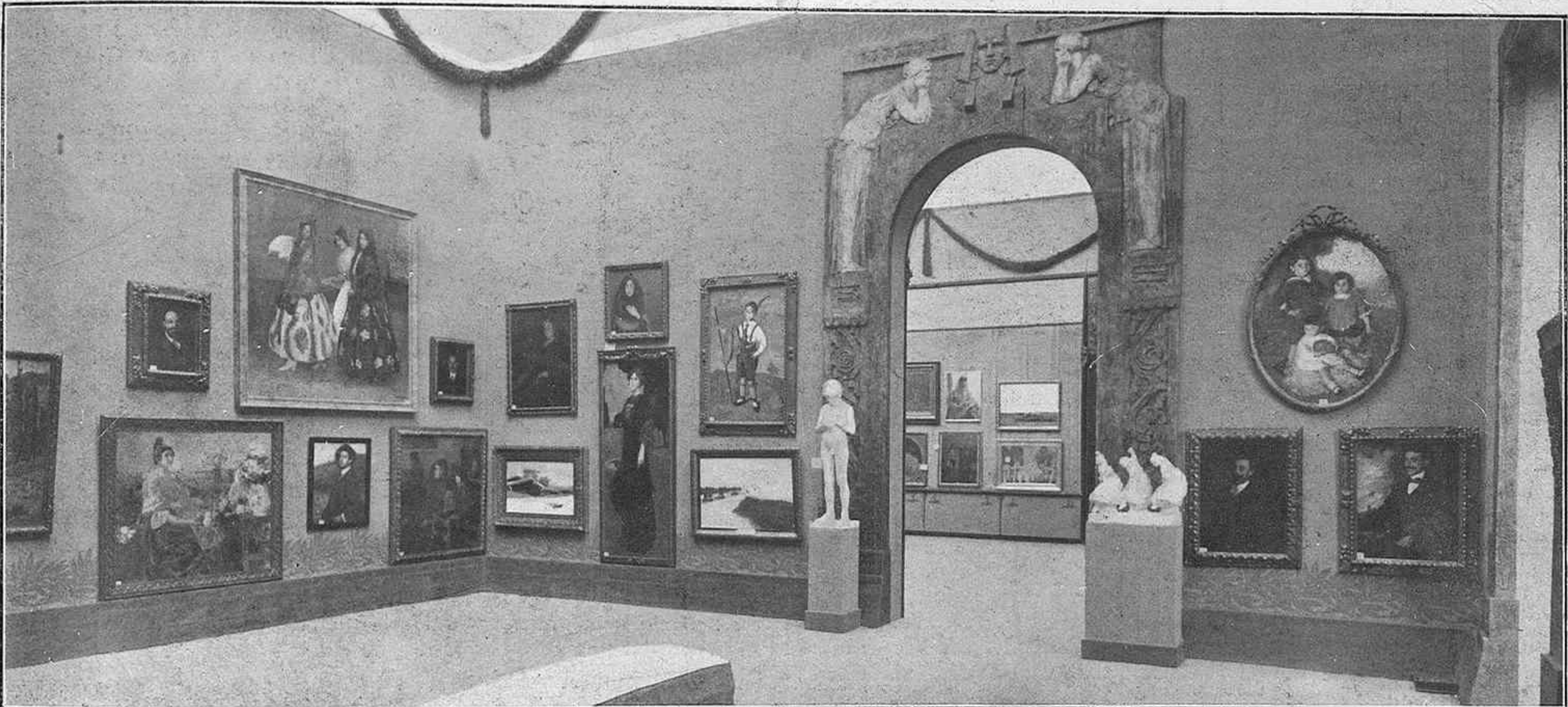
—¡A ver! ¡Pronto! ¡Un espejo! ¡Un espejo, que quiero verme la cara!



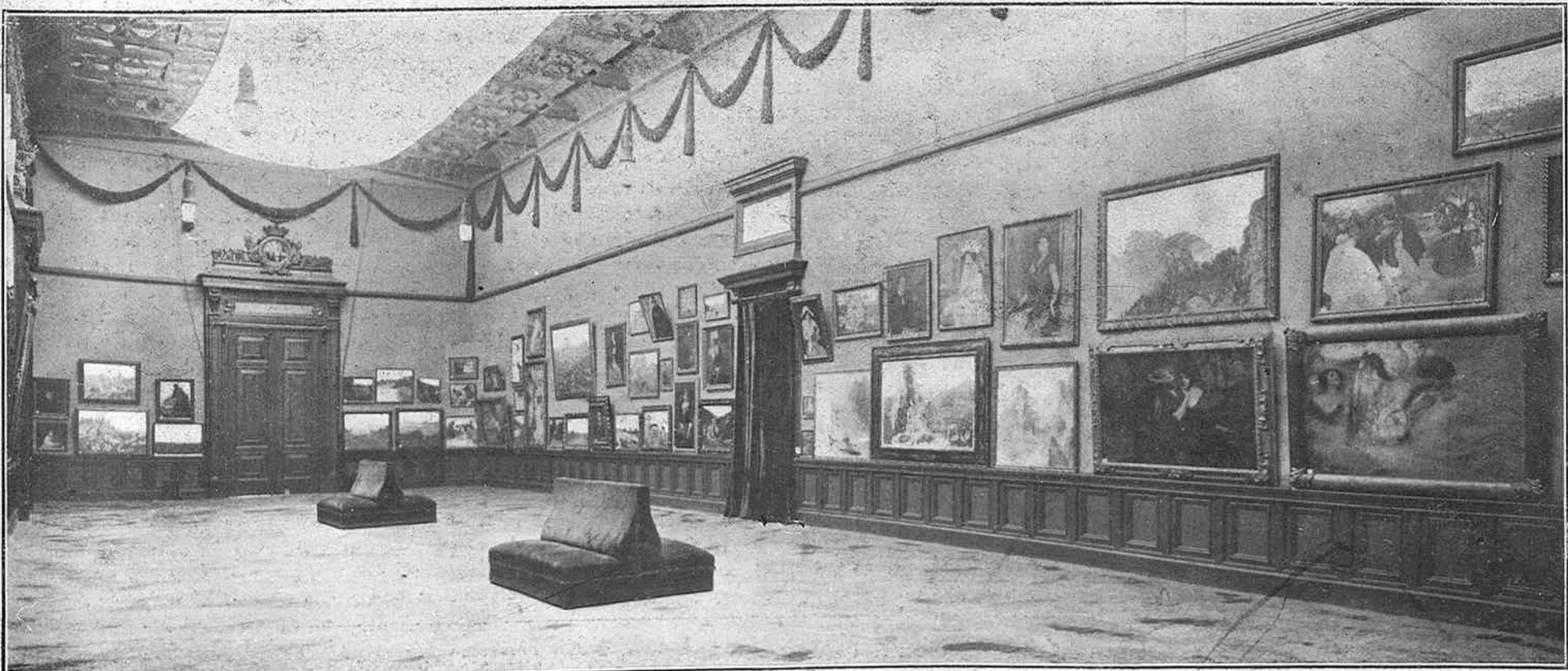
Lección de natación, alto relieve de Antonio Parera. (VI Exposición Internacional de Arte de Barcelona.)



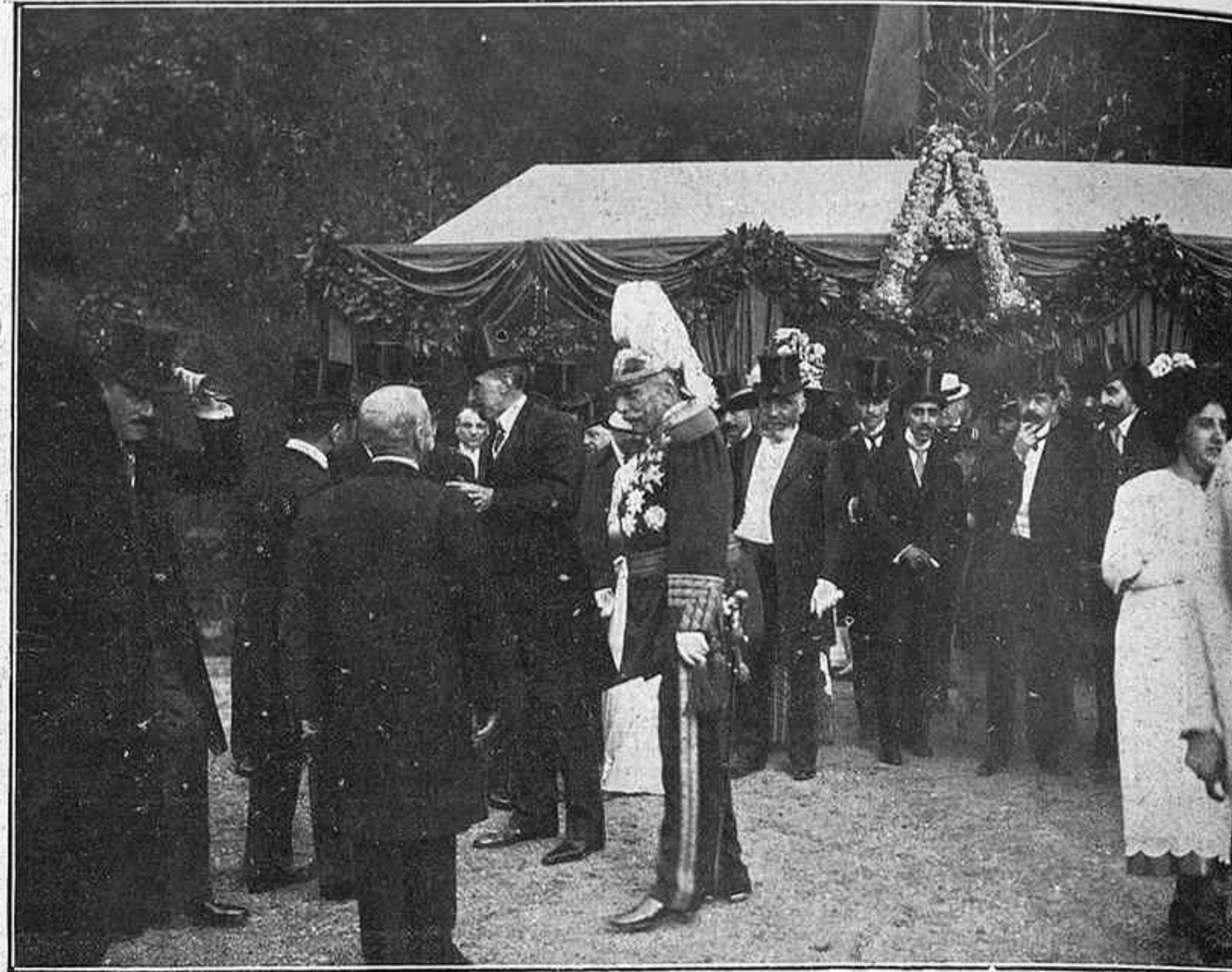
Sala VII. España.—Figuran en ella cuadros de López Mezquita y Zubiaurre (Valentín y Ramón)



Sala VIII. España.—Hállanse en ella expuestos cuadros de Muñoz Degraín, Morera, José Benlliure, Hermoso, Verger y Regoyos, y esculturas de Díaz



Salón de la Reina Regente. España.—Contiene cuadros de Mestres Borrell, Tamburini, Luis Masiera, Gili Roig, Baixas, Foix, Cusí, Tolosa, Lorenzale, Lasarte, Torrecasana, Marqués, Capdevila, Soler de las Casas, Luisa Vidal, Larraga, Galofre Oller, Pellicer, Sans Castaño, Mongrell, Oliver, Gelabert, Castelucho, Estivill, Serra, Pichot



Roma. Garden party en honor de la embajada extraordinaria española. — El general Primo de Rivera, el ministro San Giuliano, el general Spingardi, ministro de la Guerra, y el embajador de España.

LA EMBAJADA

EXTRAORDINARIA ESPAÑOLA EN ROMA

Para hacer entrega al rey de Italia del uniforme de coronel del regimiento de Saboya, ha estado recientemente en Roma una embajada extraordinaria presidida por el capitán general Sr. Primo de Rivera y compuesta de los señores Arraiz, Villalva y Maldonado, coronel, capitán y teniente del citado regimiento, del general del Río, ayudante de S. M. el rey D. Alfonso XIII, del coronel de Estado Mayor Sr. Díaz Benzo, del comandante de caballería Sr. Espinosa, del capitán Sr. Cabrera, ayudantes del general Primo de Rivera y del secretario de embajada Sr. Gómez Barzanallana.

La misión llegó á Roma el día 16, siendo recibida en la estación por el prefecto del Real Palacio conde de Gianotti, en representación del monarca, por el subsecretario de la Guerra general Mirabelli, por



Concierto español. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

como por un público numeroso que acogió á los ilustres viajeros con grandes aplausos y aclamaciones.

A la mañana siguiente efectuóse la recepción del general Primo de Rivera y de sus acompañantes, quienes fueron conducidos al palacio del Quirinal en carrozas de gala, escoltadas por un piquete de caballería. Introducidos los enviados españoles á presencia del rey Víctor Manuel, el general Primo de Rivera entregó al monarca el Real decreto nombrando-

Presentación del general Primo de Rivera al embajador de Francia Sr. Barrere.

del origen y de la historia del mismo, y el Sr. Arraiz presentó al soberano á los oficiales que formaban parte de la comisión.

Durante su estancia en Roma, la misión española ofreció sus respetos á la reina madre D.^a Margarita, visitó la Exposición y los principales monumentos de la capital, el cuartel y el museo de los bersaglieri, depositó en las tumbas de Víctor Manuel II y de Humberto I dos magníficas coronas y fué obsequiada con una *garden party* y una comida en la embajada española.

CONGRESO CONTRA LA PESTE

En la ciudad china de Mukden se ha reunido recientemente un congreso internacional contra la peste, ese terrible azote de la humanidad que en todas las épocas ha hecho grandes estragos y que últimamente ha causado millares de víctimas en la Manchuria. Eminentes personalidades del mundo médico han acudido á él á fin de estudiar los mejores medios de evitar la propagación del mal y de combatirlo con eficacia allí donde, á pesar de todas las



Mukden.—Inauguración del Congreso Internacional contra la peste

El virrey Hsi-Liang (x) y su Estado Mayor rodeados de los delegados extranjeros. (De fotografía de Carlos Trampus)

el prefecto de Roma Sr. Annaratone, por el embajador de España cerca del Quirinal y el personal de la embajada y por otras representaciones oficiales, así

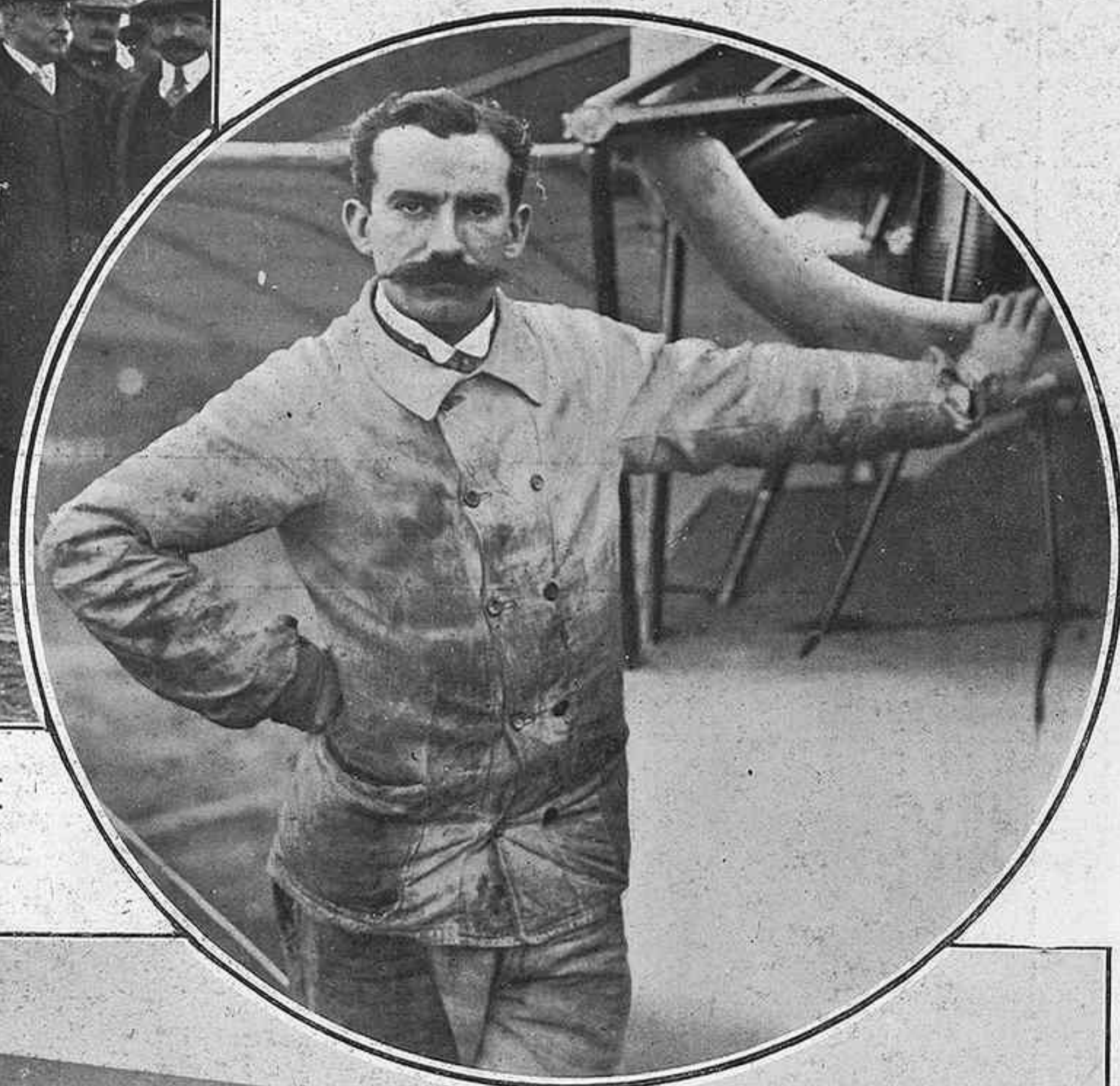
le coronel honorario del regimiento de Saboya; el general del Río ofreció á S. M. el álbum con las fotografías del regimiento y el pergamino con el relato

medidas preventivas, se presente, siendo de esperar que el concurso de tantos sabios hallará solución á tan trascendentales problemas.

RAID AÉREO PARÍS-MADRID ORGANIZADO POR EL DIARIO «LE PETIT PARISIEN»



Grupo de personajes oficiales sobre el que cayó el aparato de Train, ocasionando la muerte del ministro de la Guerra Sr. Berteaux (n.º 1) y graves heridas al presidente del Consejo de Ministros Sr. Monis (n.º 2). (De fotografía de Branger tomada pocos momentos antes de ocurrir el accidente.)



Vedrines salió de París á las 4'11 del 22; llegó, sin detenerse, á Angulema á las 7'54; salió de Angulema á las 7'18 del 23; llegó á San Sebastián á las 10'56; salió de San Sebastián á las 7'16 del 25, y después de haber tenido que detenerse en Quintanapalla y en Burgos para reparar averías, llegó á Madrid á las 8'6 de la mañana del 26.

El periódico *Le Petit Parisien* organizó un raid aéreo de París á Madrid que se ha efectuado en los días 21 á 25 del corriente y que comprendía tres etapas: París-Angulema (400 kilómetros); Angulema-San Sebastián (335) y San Sebastián-Madrid (462). El premio era de 100.000 francos para el piloto clasificado el primero en la clasificación general y en el caso de que ninguno de los concurrentes figurase en esta clasificación concedía el referido periódico la suma de 50.000 francos distribuidos en tres premios de 30.000, 15.000 y 5.000 á los que en menos tiempo recorriesen algunas de las etapas.

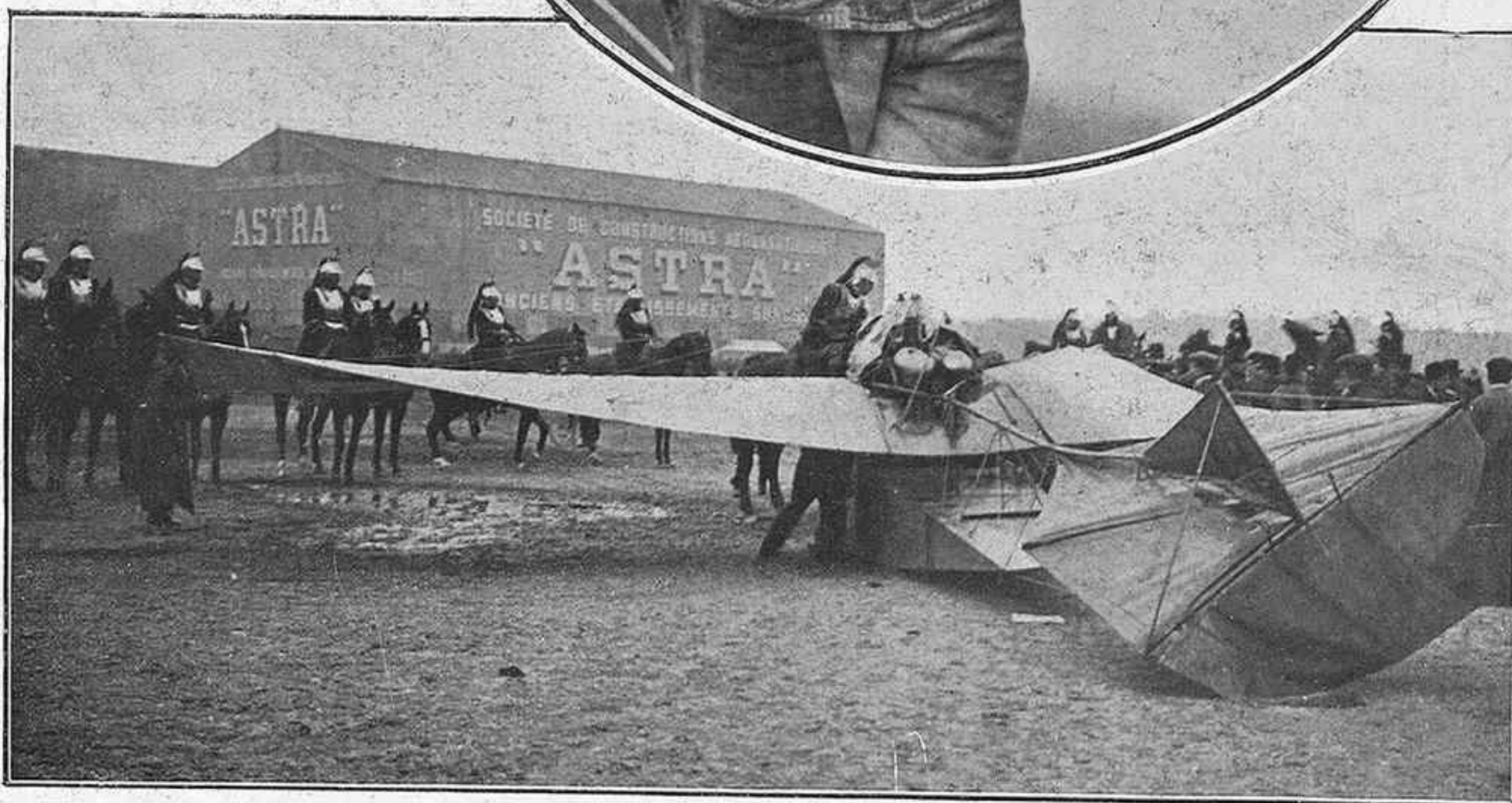
Para esta carrera se inscribieron veinte aviadores, que habían de salir de París, del campo de aviación de Issy-les-Moulineaux, el 21; de Angulema, el 23 y de San Sebastián el 25.

La carrera París-Madrid se consideró desde el primer momento como la más difícil y peligrosa de cuantas hasta el presente se han realizado, no sólo por las condiciones del territorio que debía atravesarse sino también porque, al revés de los otros raids semejantes, las fechas eran absolutamente obligatorias y los aviadores debían emprender sus vuelos en los días marcados cualquiera que fuese el estado de la atmósfera.

La prueba comenzó con mal pie, ya que apenas empezada originó un terrible accidente que milagrosamente no fué una espantosa catástrofe.

Poco antes de la hora señalada, llegaron al aeródromo los personajes oficiales, entre ellos el presidente del Consejo de Ministros señor Monis, el ministro de la Guerra Sr. Berteaux, el general Roques, el embajador de España Sr. Pérez Caballero, el prefecto de policía Sr. Lepine, diputados, representantes del Aero Club de Francia, etc.

A las cinco emprendió su vuelo Beaumont, partiendo poco después Garros y Gibert; Frey y Verrept hicieron falsas salidas. En aquel momento el público de la tribuna gratuita rompió la valla invadiendo la pista y obligando á la fuerza pública á despejar el terreno. Después de una tentativa infructuosa de Vedrines, elevóse *Le Lasseur* al que siguió Train, el cual, apenas llegado á cierta altura, vióse sorprendido por una corriente que le empujaba hacia un grupo de coraceros. Train, para evitar el choque con éstos, imprimió un violentísimo movimiento á su aparato que fué á caer pesadamente sobre el grupo en que se hallaban



El aviador Train, causante del accidente, en su aparato E. Train-Gnome. El monoplano de Train después del accidente. (De fotografías de Rol.)

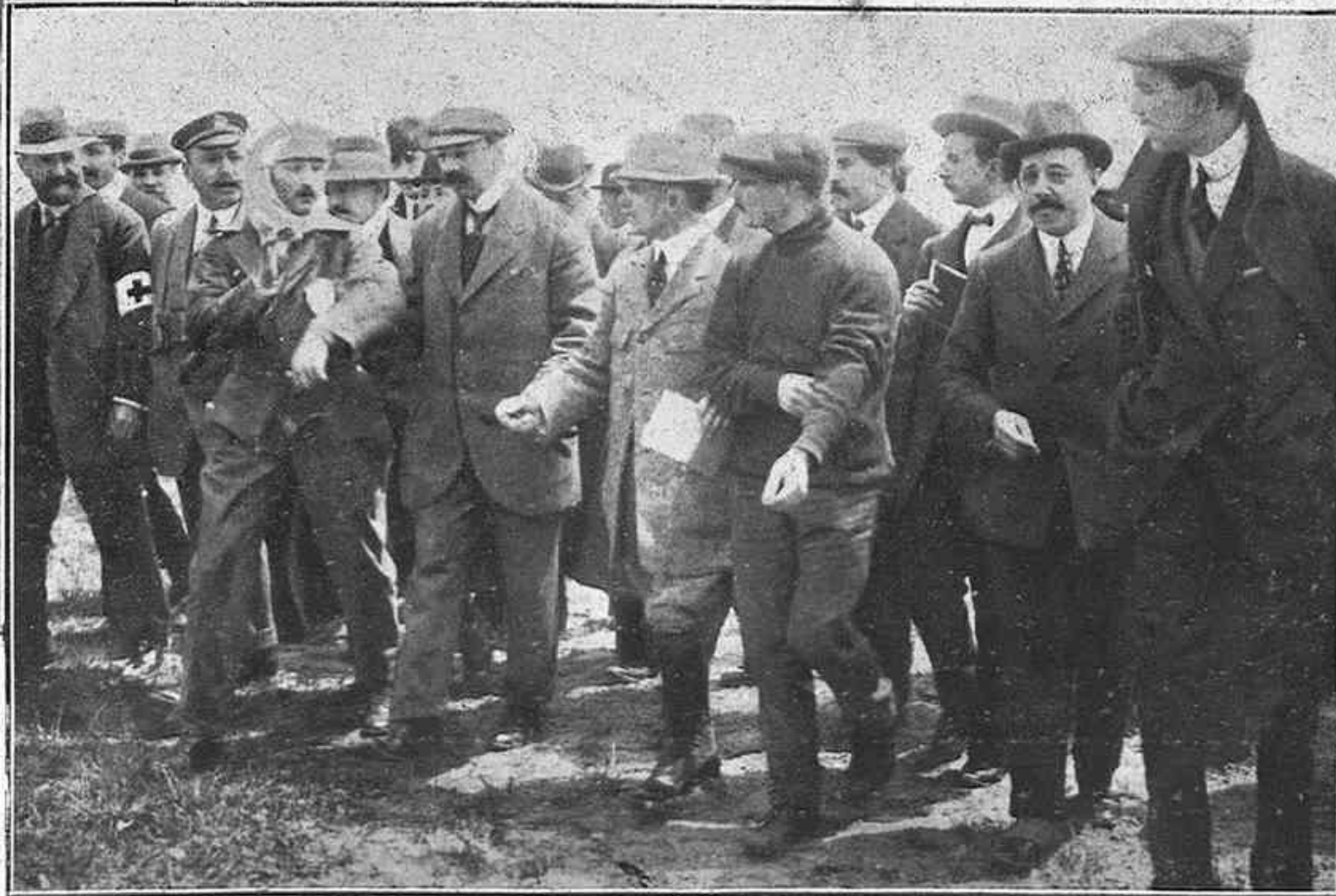
Gibert salió de París á las 5'30 del 21, y al llegar á Pont-Leroy y enterarse de la catástrofe de Issy-les-Moulineaux; suspendió su marcha, que prosiguió al día siguiente á las 6'55; llegó á Angulema á las 10'54; salió de Angulema á las 5'12 del 23; se detuvo en Biarritz, llegó á San Sebastián á las 6'52 de la tarde; salió de San Sebastián á las 6'28 del 25 y hubo de descender en Olasagotia y luego en Salvatierra, renunciando á proseguir la carrera.

Garros salió de París á las 5'15 del 21; llegó á Angulema á las 10'3; salió de Angulema á las 5'19 del 23; bajó en Fuenterrabia para proveerse de esencia y llegó á San Sebastián á las 11'35; salió de San Sebastián á las 7'13 del 25, y después de haber tenido que descender por averías en el motor, desistió de continuar la prueba que tan bien había empezado.—T.

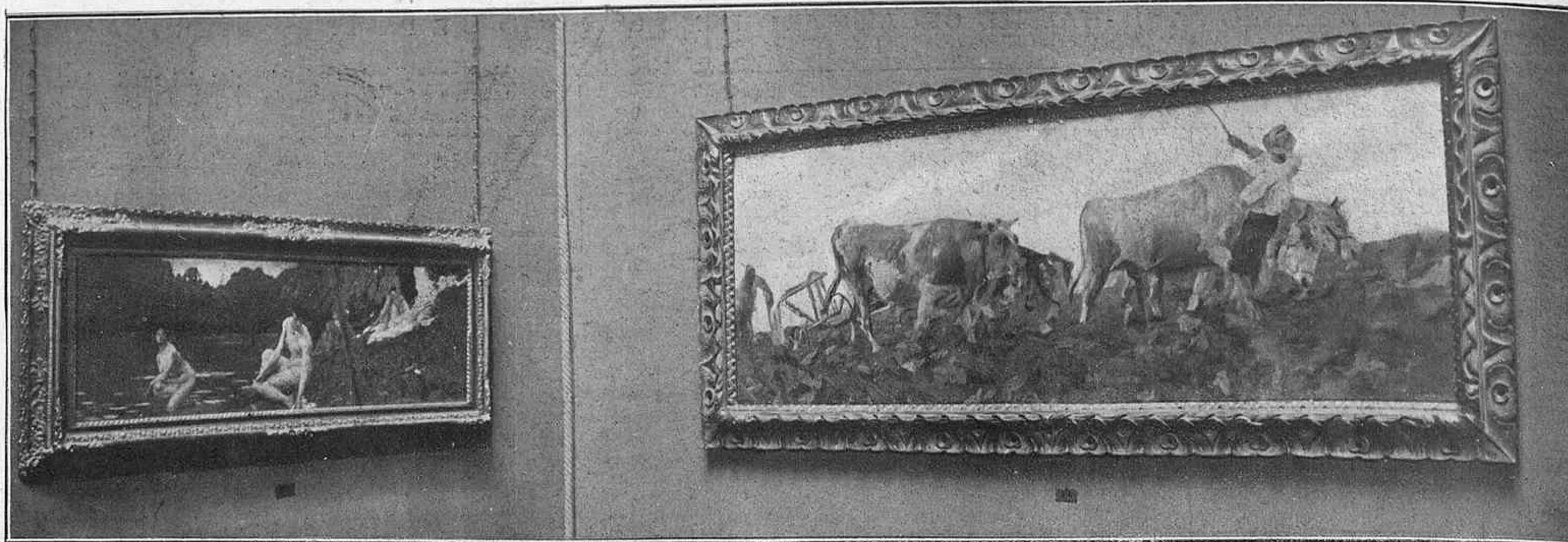


El aviador Vedrines á su llegada á San Sebastián

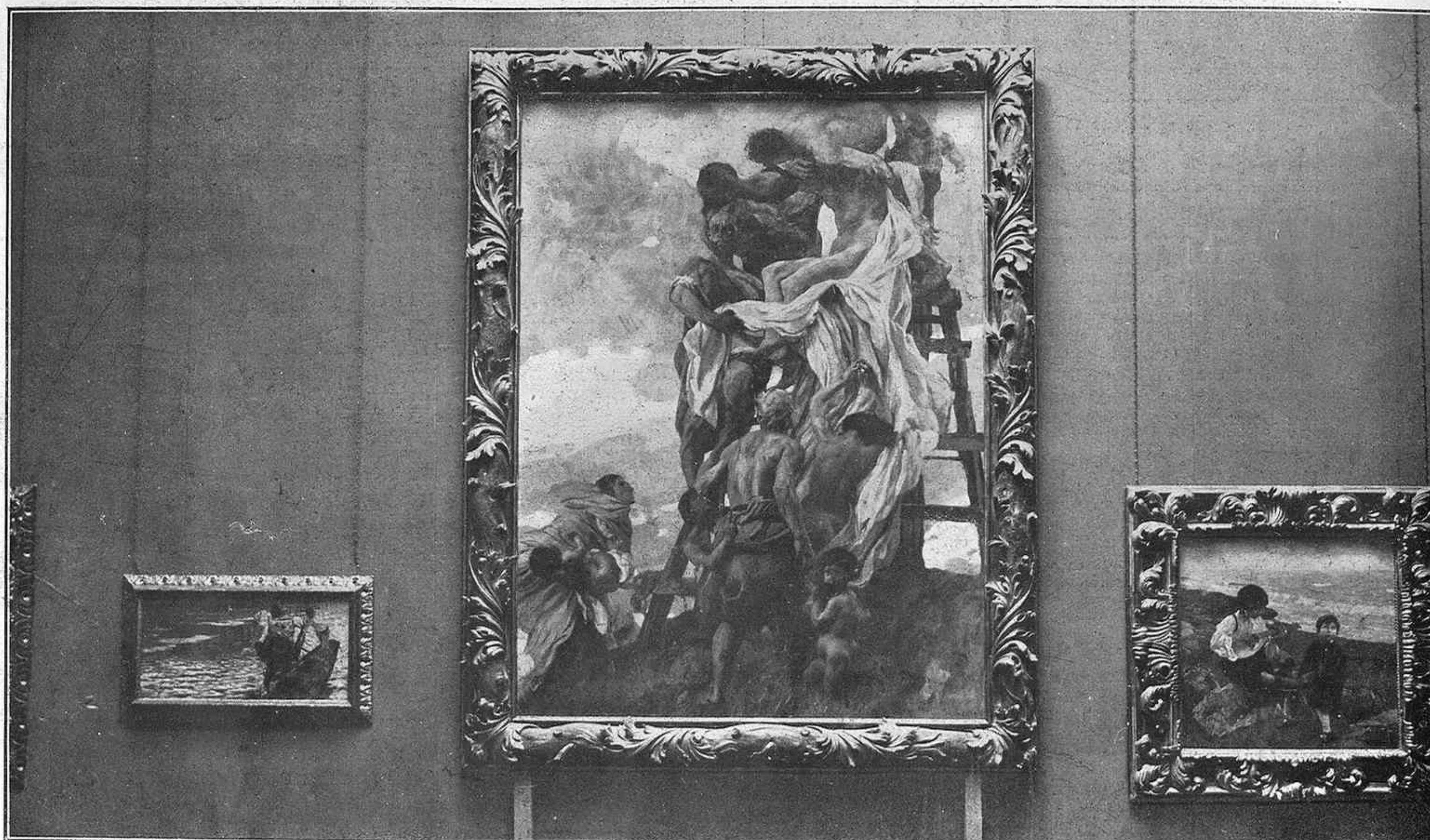
el presidente del Consejo, el ministro de la Guerra y otros personajes, hiriendo gravemente al primero, matando al segundo y ocasionando heridas y contusiones leves al hijo del Sr. Monis y al Sr. Deutsch de la Meurthe. El efecto que estas desgracias causaron fué indescriptible y el prefecto de policía suspendió la prueba; pero por orden expresa del Sr. Monis continuó ésta al día siguiente, en que salieron de Issy les-Moulineaux Vedrines y Frey. Los demás aviadores abandonaron el concurso. La falta de espacio nos obliga á resumir en pocas palabras el resultado de la carrera.



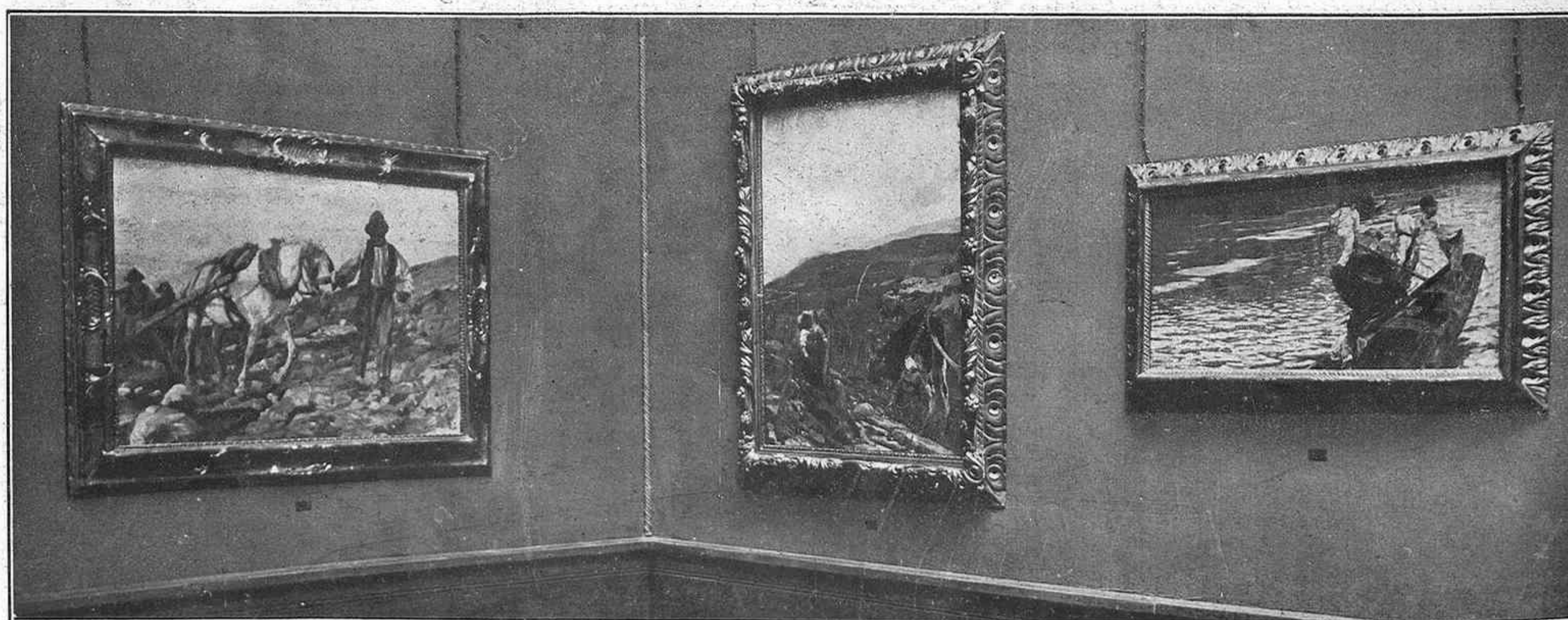
El aviador Garros á su llegada á San Sebastián. (De fotografías de Frederic.)



En el baño.—El arado, cuadros de Héctor Tito



En el canal.—Redención.—Retratos de mis hijos, cuadros de Héctor Tito



En la meseta de Asiago.—Paisaje alpino.—En el canal, cuadros de Héctor Tito

Héctor Tito es uno de los grandes maestros de la pintura italiana contemporánea y uno de los más genuinos representantes de la escuela veneciana. Sus obras son verdaderamente geniales y cautivan por el gran espíritu de observación que revelan y por su ejecución segura, sólida y vigorosa. Venecia y las costumbres de su pueblo son los temas predilectos de este pintor insigne; pero con igual maestría trata otros géneros muy distintos de éste, según puede verse en los cuadros reproducidos en los grabados adjuntos.



El tango de la corona, cuadro de Hermen Anglada



Fiesta valenciana, cuadro de Hermen Anglada

A las obras de nuestro ilustre compatriota se les ha concedido en la Exposición de Roma el alto honor de una sala especial, en la que figuran quince lienzos que constituyen una de las manifestaciones más admiradas del arte contemporáneo. Los cuadros de Anglada son un portento de colorido; en ellos el color transfigura la forma, pero no la suprime, porque subsisten la palpitación de vida y la espontaneidad de los movimientos, bien que libres casi de toda pesadez material.

ACTUALIDADES BARCELONESAS. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Con gran solemnidad y con asistencia de numeroso público que llenaba enteramente el grandioso paraninfo de nuestra Universidad, se han celebrado recientemente dos sesiones organizadas por la Sociedad Astronómica de Barcelona para repetir el famoso experimento del péndulo de Foucault, que se efectuó por vez primera en el Panteón de París, en 1851, y por el que se demuestra de una manera práctica y evidente el movimiento de rotación de la tierra.

Ambos actos fueron presididos por el Rector de la Universidad Excmo. Sr. Barón de Bonet, á quien acompañaban en el estrado las más significadas personalidades de la ciencia barcelonesa.

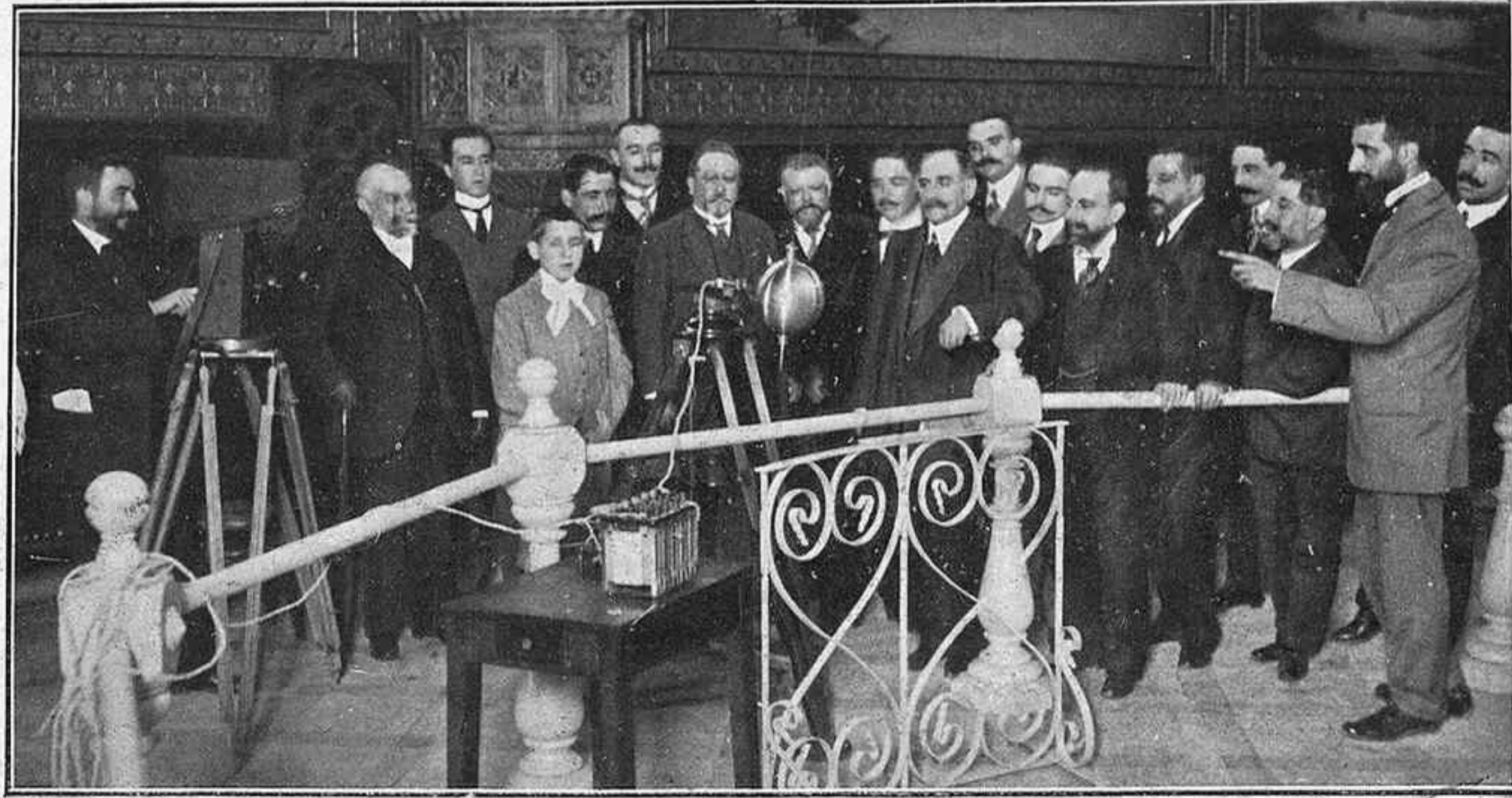
En la primera sesión, el doctor Jardí, profesor de la facultad de Ciencias, leyó un concienzudo estudio de la historia de los sistemas astronómicos y de las tentativas hechas para demostrar el movimiento de la tierra, señalando como la más concluyente la del péndulo y explicando el fundamento de éste.

El Sr. Barón de Bonet felicitó á la Sociedad Astronómica de Barcelona por sus activas campañas de vulgarización y poniendo de relieve la alta prueba de amor á la ciencia que el público barcelonés estaba dando al acudir con entusiasmo á estos actos.

Acto seguido, el propio Sr. Bonet disparó el péndulo por

guido abogado D. Jorge López de Sagredo. Desde mucho antes de las once, hora señalada para la ceremonia, acudieron al

presamente de Madrid, dijo la misa de velaciones asistido por D. Antonio y D. Valeriano Weyler, hermanos de la novia.



Sesión organizada por la Sociedad Astronómica de Barcelona y celebrada en el paraninfo de la Universidad para repetir el famoso experimento del péndulo de Foucault demostrativo del movimiento de rotación de la tierra.

Terminada la ceremonia, los contrayentes, sus familias y los invitados se trasladaron á la Capitanía general, en donde se celebró un espléndido banquete. La mesa estaba adornada con exquisito gusto con flores regaladas por los jefes de los cuerpos de la guarnición, figurando en el centro una preciosa *corbeille* de la que pendía una cinta de los colores nacionales con esta inscripción: «Barcelona, 21 mayo 1911. - Los jefes de cuerpo de esta plaza.» La mesa fué presidida por el Dr. Laguarda y por la señora viuda de Sagredo, madre del novio.

Los novios, á quienes deseamos toda suerte de felicidades, salieron por la noche para Niza, Cannes y Turín.

El domingo, día 21 de los corrientes, efectuóse en el magnífico Parque Güell una simpática fiesta organizada por la Federación femenina contra la tuberculosis para premiar á los niños de las escuelas que más se han distinguido por su higiene personal y por su aplicación.

Presidieron la fiesta, que estuvo concurridísima, el gobernador Sr. Portela y las señoras y señoritas de la Junta y de los comités de Cataluña. El programa comprendía juegos de presdigitación, fuegos japoneses, escenas cómicas de ventriloquia, canciones, etc., que hicieron las delicias de los infantiles espectadores.

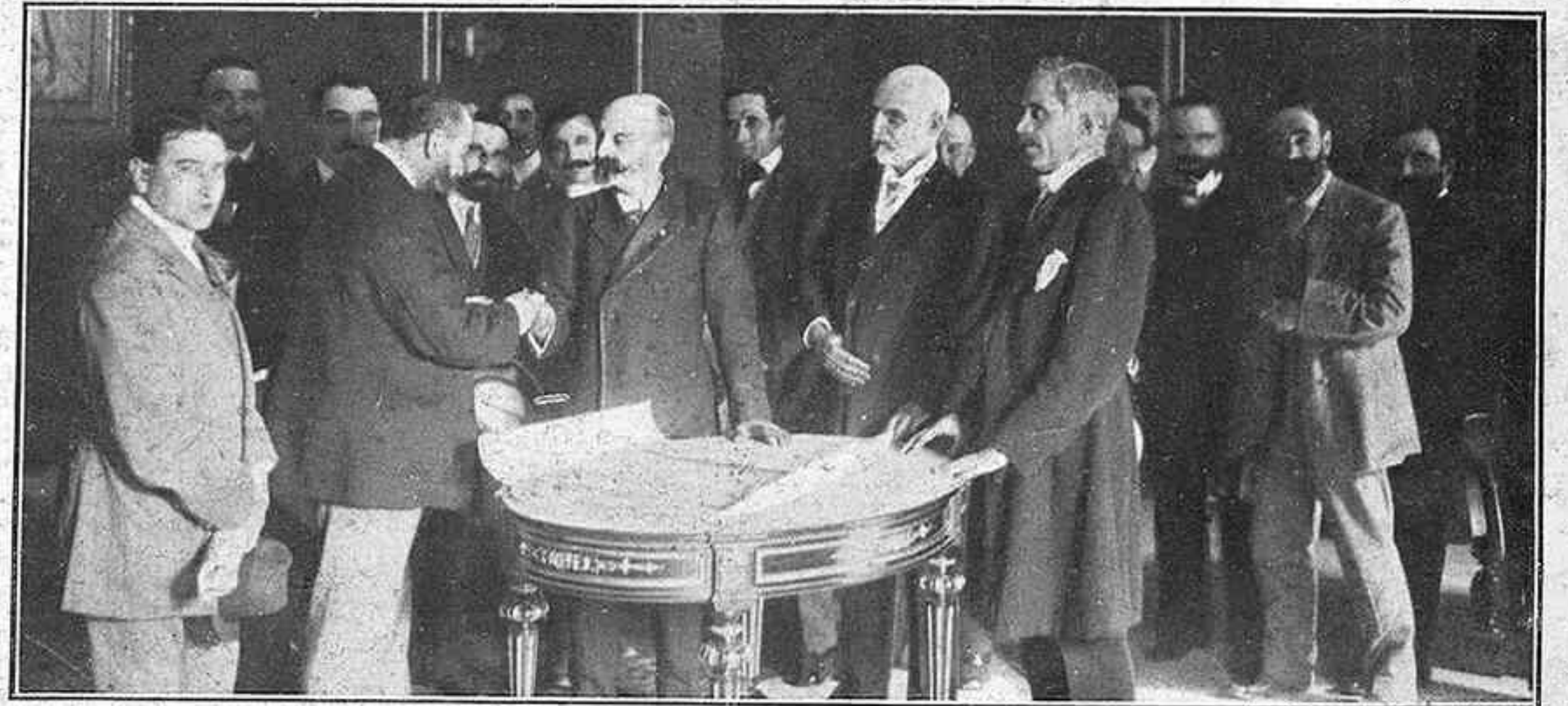
La presidenta de la Federación, D.^a Leonor Canalejas de Farga y el gobernador pronunciaron sentidos discursos, la primera ensalzando la higiene y aconsejando á los niños que perseverasen en su buena conducta y aseo y en la observancia de las reglas prescritas para la conservación de la salud, y el

palacio numerosas y distinguidas familias de la mejor sociedad barcelonesa.

La capilla hallábase artísticamente adornada é iluminada espléndidamente. Fueron testigos por parte de la novia los Excelentísimos Sres. D. José Collaso y Gil y don Mariano Puig y Saladrigas y el coronel del regimiento de infantería de Vergara D. José de La Calle, y por parte del novio el comandante de Marina Sr. Compañó, en representación del



Boda de la señorita D.^a Luisa Weyler y de D. Jorge López de Sagredo. Los novios á la salida de la capilla del Palacio episcopal en donde se efectuó la ceremonia.



Entrega de las recompensas obtenidas por los artistas catalanes en la Exposición de Bruselas

medio de un mecanismo eléctrico dispuesto al efecto, y el público fué desfilarlo por el estrado para ver de cerca los efectos de la rotación terrestre del aparato.

El péndulo que ha servido para estos experimentos ha sido construido por el socio de la Astronómica é ingeniero D. Mateo Grau con una precisión digna del mayor elogio; tiene una longitud total de 15'90 metros y la bola es de acero-níquel, tiene 21'2 centímetros de diámetro y su peso es de 38'71 kilogramos. El círculo en donde está colocada la arena que el péndulo va separando en sus sucesivas oscilaciones, es de unos cuatro metros de diámetro. Las circunstancias características del péndulo con relación al experimento realizado han sido calculadas por los alumnos de la facultad de Ciencias.

Reciban la Sociedad Astronómica, y en especial su presidente el Dr. Fontseré, el Sr. Rector de la Universidad y todos cuantos han contribuido á la celebración de tan importantes actos, nuestra más entusiasta felicitación.

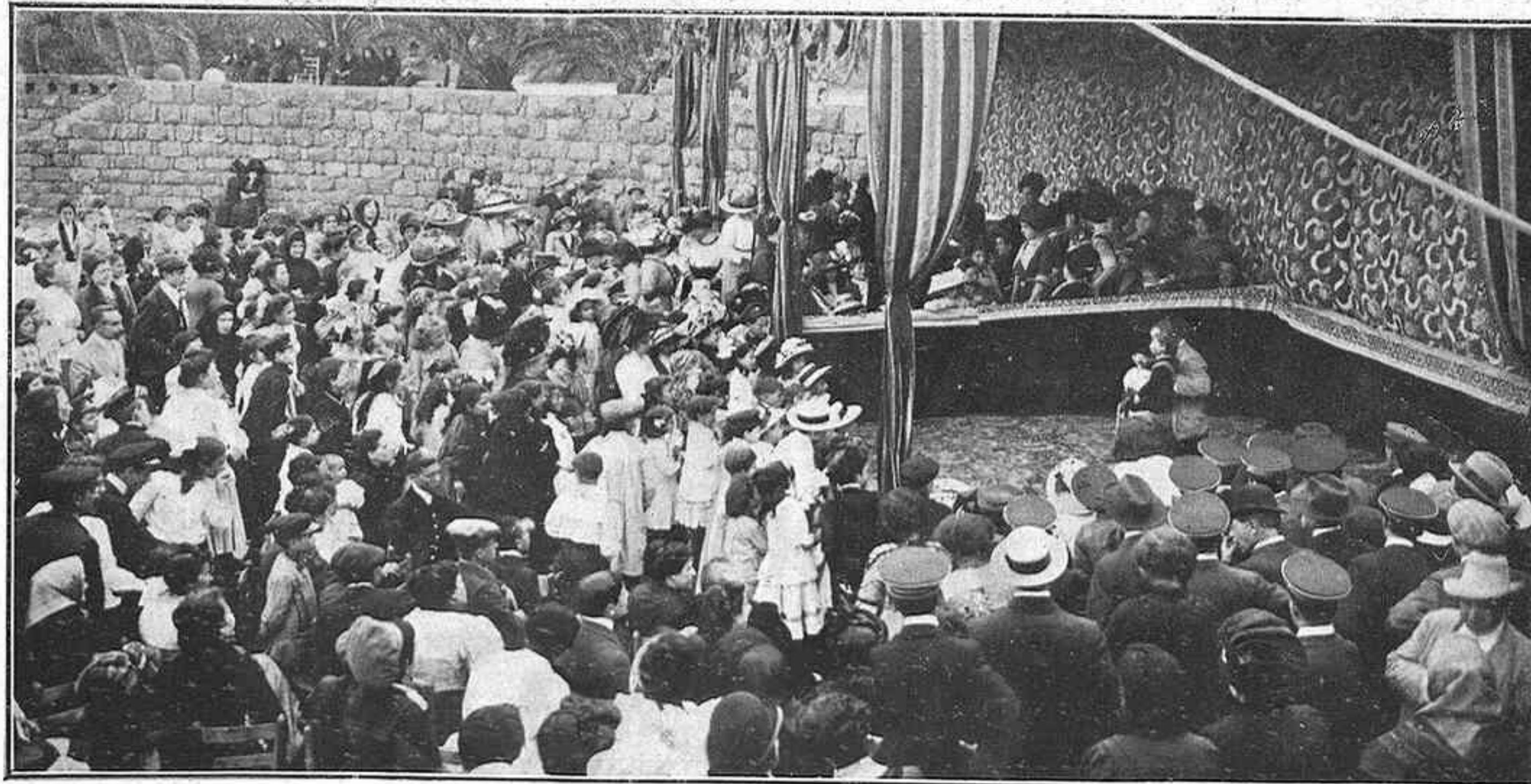
En la capilla del Palacio Episcopal celebróse el día 21 de este mes el enlace de la señorita D.^a Luisa Weyler y San-

tacona, hija del capitán general de esta región, con el distin-

contralmirante Sr. Santaló, el alcalde de esta ciudad Excmo. Sr. marqués de Mariano y don José Ferrer y Ferrer.

Bendijo la unión el Ilmo. S. Obispo de la diócesis D. Laguarda, quien, después de la lectura de la Epístola de San Pablo, pronunció una breve y sentida plática señalando la importancia del acto y haciendo vo-

segundo ensalzando la obra humanitaria de la asociación organizadora de la fiesta y dando á los niños sanos consejos. Después la secretaria D.^a Dolores Gonzalo Moreno leyó los nombres de los niños premiados en el concurso de higiene y de asistencia escolar, á quienes, además de repartírseles meriendas, les fueron entregados los premios en metálico, que eran dos de cien pesetas, dos de cincuenta y muchos de veinticinco, veinte, quince y cinco pesetas.



Fiesta infantil organizada en el Parque Güell por la Federación femenina contra la tuberculosis con motivo del reparto de premios á los niños pobres que se han distinguido por su higiene personal y por su aplicación.

tos por la felicidad de los contrayentes. Seguidamente el vicario general castrense, Rdo. P. Javier del Valle, venido ex-

tela pronunció elocuentes frases de felicitación á los artistas premiados.

En el despacho del gobernador civil efectuóse el día 22 la entrega de los premios á los artistas catalanes recompensados en la última exposición de Bruselas, Sres. Llimona, Baixeras, Urgell, Clará, Lluch, Cullé, Smith, Valls, Meifrén, Mestres, Beltrán, Casas, Galwey, Canals, Oslé y Olivé.

Los diplomas y medallas fueron entregados por el señor Courtens, delegado de Bélgica en la Exposición Internacional de Arte que se celebra actualmente en Barcelona.

Asistieron al acto, entre otras personas, el cónsul de Bélgica, el delegado que fué de España en la exposición de Bruselas Sr. Togores y el pintor D. Carlos Vázquez, miembro del Jurado de la misma, á quien se ha distinguido con una medalla especial.

Después de la entrega de las recompensas, el Sr. Portela pronunció elocuentes frases de felicitación á los artistas premiados.

JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

Estaba tan emocionada, que no sabía adónde ir. El alguacil tuvo que guiarla hacia los estrados, y ella se agarró á la barra con sus manos curtidas: unas pobres manos con gruesos nudos en los dedos y abultadas venas azuladas en el dorso. Siendo sorda, no oyó en seguida las preguntas del presidente. Este tuvo que esforzar la voz, que tomó un acento bronco y áspero.

Luisa Donnaz había servido años atrás en casa de la madre del acusado. Muerta ésta, Luisa continuó en la casa como criada principal hasta la muerte del capitán. Desaparecido el hogar, ella fué á servir á otra familia, y, más tarde, después de la muerte de la señora de Pellice, en casa del general, en la Combette; donde vivía todo el año. Allí fué atacada de un reumatismo tan violento, que quedó inservible para el trabajo. El general, á pesar de esto, quería que continuase en la casa, pero ella prefirió retirarse, provista de una pequeña pensión que él le señaló, á casa de una hermana suya, mercera establecida en Montronge. El juez de instrucción la había llamado con la idea de que, en razón de lo que había podido oír decir ó ver en las dos casas, aportaría quizá algunos informes útiles sobre el misterio del testamento. No pudo sacar nada de ella: el general era rico y bueno..., y porque era bueno y rico le había asegurado el pan de la vejez... Había visto crecer al señorito Lionel... Siempre había pensado que el general le dejaría su dinero... A pesar de la insignificancia de sus respuestas, la acusación la citó con la esperanza de que se le desataría la lengua delante del tribunal.

Después que ella hubo prestado juramento, dejando caer la mano demasiado aprisa, el presidente le repitió por dos veces:

—Haga usted su declaración.
La vieja le miraba con los ojos muy abiertos y la cabeza medio vuelta para tender su mejor oído; como dijese que era demasiado vieja para acordarse de nada, hubo que sacarle las respuestas á tirones: hacía años que no había vuelto á ver al «Sr. Lionel...» Antiguamente iba á verla de vez en cuando á la tienda de Montronge..., después la había olvidado; ¡oh!, no le estaba resentida por eso, porque sabía estaba muy ocupado... El presidente tanteaba, advertido por su instinto de que la vieja sabía más de lo que quería decir.

—¿Cómo se enteró usted del drama?, le preguntó...
—El drama, la muerte del general?..
—Leílo todo..., en un periódico.
—¿Qué pensó usted, al leer todo aquello?
Como ella parecía no comprender, Motiers de Fraisse insistió:
—¿Seguramente tuvo usted una idea, un pensamiento?.. No leyó usted aquellas noticias como leía otras, ¿no es cierto?.. Experimentó usted una emo-

ción más ó menos fuerte... ¡Vamos, procure usted describirnos su impresión!..

Luisa Donnaz se puso á referir, lentamente, la es-

na mujer no tenía más que esa pensión para vivir: pensó en su pan de cada día, como es natural!.. Pero luego, señora, cuando oyó usted hablar de la acusación que pesaba sobre el Sr. Lermantes?..

—Yo dije para mí: «¡Ah, lo que es esta vez, se equivocan!.. ¡El Sr. Lionel, él, un asesino!.. ¡Ah, no, eso no, él que..., él que era tan buen muchacho cuando era pequeño!..»

—Usted no puede saber nada del crimen, claro está; pero quizá sabe cosas que podrían ayudarnos en nuestras investigaciones, cosas del pasado... Trate de recordar... ¿Hay, que usted sepa, alguna razón por la cual Lermantes tendría contra el general algún rencor, algún resentimiento?..

—¡Eh, de seguro que no, mi presidente! ¡El señor Lionel quería al general como..., como..., en fin, con todas sus fuerzas!.. ¡Rencores, él!, ¡rencores contra el general?.. ¡Ah, no!..

—¿Sabe usted que, en un momento dado, corrieron rumores muy sensibles sobre las relaciones del acusado con una persona muy allegada al general?..

—¡Yo no sé!..

—Puede usted ignorarlo; se trata de hechos anteriores á su entrada en casa del general. Según esos rumores, el general se interesó por el acusado, menos por afecto á éste que bajo la influencia de su esposa... ¿Usted comprende?..

Luisa Donnaz meneó lentamente la cabeza, moviendo los labios; la sorpresa recelosa que desde luego había expresado su cara se cambió poco á poco, á medida que comprendía, en verdadero estupor. Levantó las manos, las juntó delante de su pecho y balbució:

—¡Es posible que tal cosa se diga! ¡Ah, lo que es eso, no!.. ¡Eso es todavía más imposible!

—¿Todavía más imposible..., qué?..

—¿Que haber querido matar al general!..

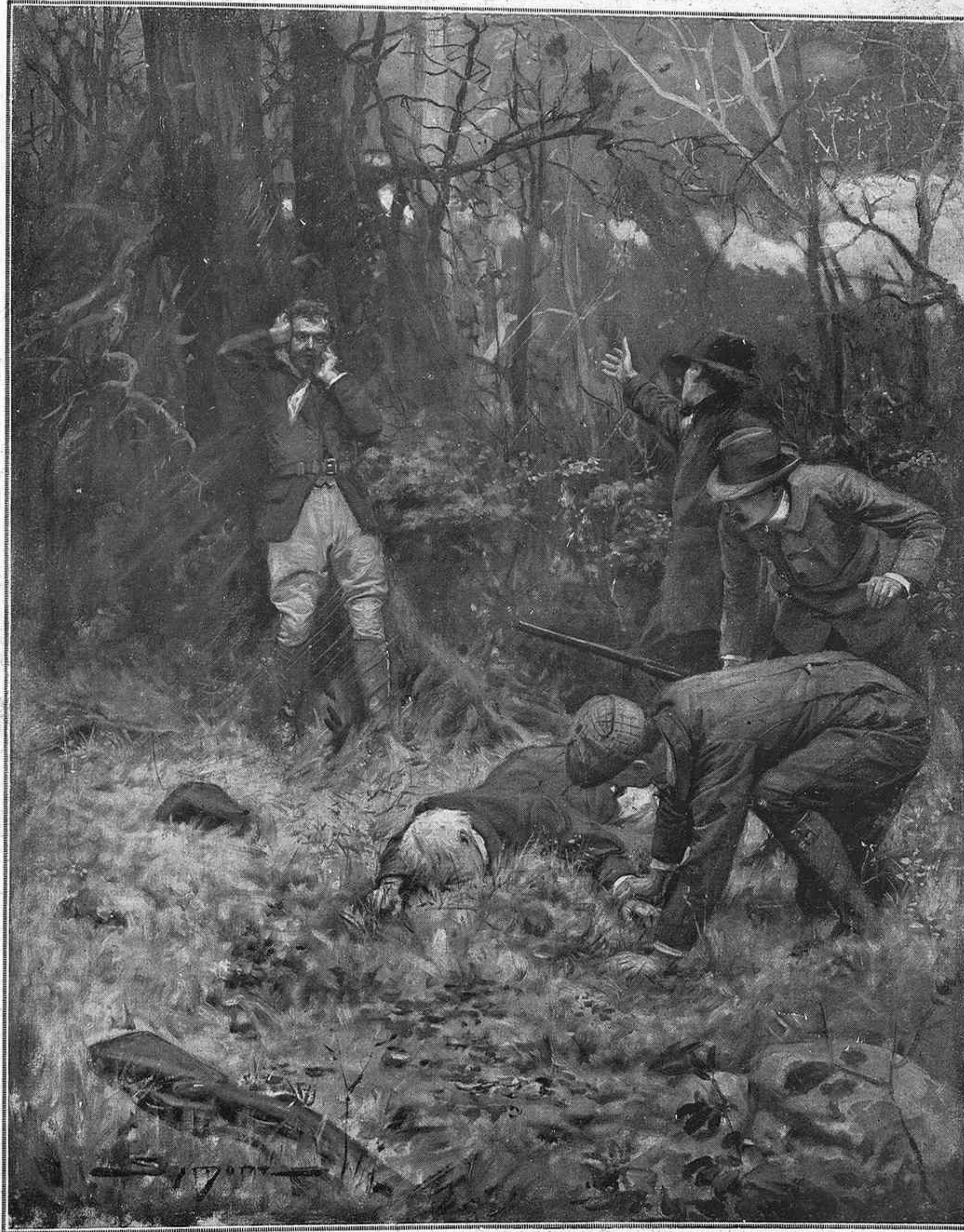
—Piense usted en lo que dice; usted dice que á su ver, es más imposible que Lermantes haya sido amante de la señora de Pellice que asesino del general... ¿Por qué?

—¡Porque sí!

—Porque sí no es una contestación. ¡Explíquese!

La vieja dirigió una mirada de angustia en torno de ella, y de pronto se puso á hablar muy de prisa, repitiendo sus frases:

—¡Porque yo sé de qué manera quería el general al señorito Lionel!.. ¡Lo sé muy bien!.. ¡Desde que el señorito Lionel estaba en la cuna!.. ¡Comprende usted, señor presidente?.. ¡Yo siempre vi allí al general!.. ¡Siempre le vi en casa de mis amos!.. ¡Por consiguiente, yo sé bien el cariño que tenía al señorito Lionel!.. ¡Le hacía saltar sobre sus rodillas, y el señorito Lionel reía!.. Mientras que su señora..., señora... ¡En fin, si tal dicen, no es verdad!..



Pero cuando vi inerte, muerto por mí, aquel hombre... (Véase página 345)

cena de la lectura, buscando las palabras; y su lengua se iba desatando á medida que hablaba:

—Fué mi hermana, la que me trajo los periódicos... Porque, lo que es periódicos, yo nunca los leo. Ella me dijo: «Y bien, tu general..., ¿no sabes lo que le ha pasado?—No, le dije, no sé nada.—Pues bien, me dijo, le ha sucedido una desgracia.—¡Eh, Dios mío!, exclamé; ¿qué desgracia?..» Entonces me leyó aquella cacería, y aquella bala, y todo lo demás... Y me dijo: «¡Y bien!, ¿qué me dices?..» Pero yo no pude decir nada..., porque..., pensaba en el Sr. Lionel..., que quería tanto al general... Y me puse á llorar... ¡Ni más ni menos!..

—¿Y nada más?

—Al fin, dije: «¡El Sr. Lionel no se consolará jamás!..»

Luego vaciló, como antes de hacer una confesión penosa:

—... Y mi hermana me dijo: «¡No es esto todo!.. ¡Y..., tu pensión!..»

Hubo risas en el auditorio. El Sr. Motiers de Fraisse impuso silencio.

—¡Hay que comprender la situación!.. ¡Esta bue-

—¿La señora de Pellice, que no tenía hijos, estaba quizá celosa de aquel afecto?

—Eso no lo digo!.. ¡No!.. ¡No lo digo!.. ¡Pero en fin... en fin, yo no sé!.. Además, ¡hace tanto tiempo!..

Parecía extraordinariamente trastornada; el señor Motiers de Fraisse tuvo la impresión de que se acercaban a un descubrimiento importante. Pero no habiendo previsto aquel giro del interrogatorio, carecía de su habitual precisión, y andaba casi á tientas:

—¿Cuando entró usted al servicio de los Lermantes, preguntó, el general ya los conocía?

—¡Oh, vaya si los conocía!

—¿Eran muy íntimos?

—¡Oh, sí!.. El general aun no era más que coronel... Venía casi todos los días á casa...

—¡Casi todos los días!.. ¿Y los Lermantes iban también con frecuencia á casa de él?

—¡Eso no!..

Tan prudente momentos antes, la vieja no decía ya exactamente lo que quería decir, se daba cuenta de ello y se turbaba cada vez más. El Sr. Motiers de Fraisse insistió:

—¿De modo que el coronel iba casi todos los días á casa del capitán, y el capitán iba raramente á casa del coronel?.. ¡Hum!.. ¿Sus mujeres se conocían?

El círculo se estrechaba á cada pregunta. Luisa Donnaz balbució:

—Creo que sí... Creo..., que las señoras..., se conocían un poco...

—¡Un poco!, ¿qué quiere decir?.. ¿Se visitaban?.. ¿Usted debe saberlo?

—Yo..., no me acuerdo... ¡Hace tanto tiempo!..

—¡Procure recordar!.. ¿Los Lermantes no tenían más criado que usted, verdad?.. ¿Por consiguiente era usted la que abría la puerta?

—Sí..., era yo...

—¿Pues bien, usted debe recordar si recibió á menudo á la señora de Pellice?

Luisa Donnaz calló, con la vista baja, moviendo los labios como para mascar las palabras que retenía.

—¡Hay que contestar!.. ¿Abrió usted con frecuencia la puerta á la señora de Pellice?

—... Con frecuencia no...

—¿Algunas veces?..

El silencio de la vieja se hizo más angustioso.

—¿Quizá nunca?.. Le digo á usted que conteste; ¿por ventura la señora de Pellice no fué nunca á casa de sus amos de usted?..

—... ¿Lo sé yo acaso?.. ¿Puedo yo saberlo?..

El Sr. Motiers de Fraisse recurrió á la voz más impetuosa:

—¡Ciertamente que debe usted saberlo!.. ¡Dígalos usted!..

Otra vez, la vieja tuvo su mirada de angustia, esa mirada del que se ahoga y ya no espera socorro; y confesó, en voz muy baja, evitando instintivamente la presencia de Lermantes:

—Puede ser que..., que... ¡Puede ser que no!..

Su emoción, su actitud, su acento, agravaban el sentido equívoco de sus palabras; sin embargo, por respeto á los muertos, el Sr. Motiers de Fraisse no se atrevía aún á aclararlo y continuó:

—¡De modo que la señora de Pellice no iba nunca á casa de los Lermantes, de quienes su esposo era amigo íntimo!.. ¡Cosa más singular!.. ¿Le parecía á usted natural?..

Ella creyó salir del paso contestando con la afirmativa.

—¿Al contrario de usted, nadie lo extrañaba?..

La vieja se tapó la boca con la mano, como un niño azorado que no quiere contestar.

—¿Nadie encontraba extraña aquella situación?, precisó el Sr. Motiers de Fraisse.

—¡Oh, sí!.. ¡Lo encontraba extraño!.. ¿Pero quién?.. La portera..., la lavandera... ¡Habladurías!..

—¡Hay que repetir esas habladurías, señora!.. Aquí, nada es indiferente; queremos saber por qué el general mostraba tanto afecto al acusado. Queremos saberlo en interés de la verdad, en interés de todo el mundo... ¿Lo sabe usted?..

—¡Yo no era más que una pobre criada!.. ¡Yo sabía muy poca cosa!..

El Sr. Motiers de Fraisse tuvo un gesto de autoridad y de impaciencia:

—¡Díganos usted todo lo que sepa!.. ¡Ha jurado usted decir toda la verdad; tiene usted que cumplir su juramento, señora!.. ¡En el punto á que hemos llegado, ya no puede usted callar!.. ¿Por qué el general quería tanto á Lermantes?.. ¡Exija que me lo diga usted!..

La vieja se encogió de hombros, encorvó las espaldas, se achicó todo lo que pudo, y dijo:

—¡Pero si era su padrino, señor..., su padrino!.. Le había visto venir al mundo... ¡El señorito Lionel era hijo de..., de su amigo!

De esta manera, el viejo secreto, sepultado duran-

te tantos años, salía de su abismo. Estaba allí, que temblaba en aquellos labios, de los cuales iba á salir. Todos lo esperaban ansiosos. Lermantes, de pie, se inclinaba adelante por encima de la cabeza de Brevine, que tendía sus mangas negras hacia la testigo; Chaussy se había levantado, con los ojos fuera de las órbitas; Rutor se inclinó sobre su pupitre para recoger al paso la palabra decisiva.

—¡No lo dice usted todo!, exclamó el presidente.

Las cabezas que rodeaban á Luisa Donnaz, aquellas cabezas de magistrados, de alguaciles, de gendarmes, de soldados; aquellos birretes, aquellos kepis, aquellas calvas se movieron en un vértigo. La pobre mujer tenía la garganta seca, la frente cubierta de sudor; gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; sus viejos miembros se pusieron á temblar.

—¡Eh!; murmuró ella; ¡yo..., yo digo todo..., todo lo que puedo decir!..

Confusos recuerdos de su primera infancia surgían en el espíritu de Lermantes, en tropel: impresiones inciertas en el momento en que las había recibido, presentimientos oscuros grabados en el fondo de su memoria, pequeños hechos borrados, que aquella escena, de pronto, evocaba inundándolos de luz. Se vió como rodeado de fantasmas. Recordó, como si lo estuviese viendo, al Sr. de Pellice entrando en el salón, sentándose á la mesa, hablando, fumando, riendo; luego, durante la agonía de su madre, viniendo á llamar á la puerta á todas horas, permaneciendo sentado en la silla que se le indicaba, esperando, yéndose abatido, con su duro rostro contraído en una expresión tal, que había quedado para siempre grabada en sus ojos de niño y que volvía á ver ahora, gritando la verdad..

—¿Por qué no puede usted decir todo lo que sabe?, replicó el Sr. Motiers de Fraisse. ¿Quién se lo impide?

La vieja se retorció las manos, gimiendo:

—Lo juré..., lo juré...

—¿Juró usted no decir nada? ¿A quién se lo juró usted?

—... ¡A ellos!

—Tales juramentos aquí no cuentan. No conocemos más que uno: el que pronunció usted hace un momento. Y usted juró decir toda la verdad.

Un loco terror trastornaba á Lermantes; un desesperado grito de «¡Cállese usted!», se ahogaba en su garganta; al mismo tiempo, una loca necesidad de penetrar hasta el fondo de su destino empujaba su ser hacia aquella anciana, de la cual había olvidado las facciones, la voz y casi la existencia. Ella se volvió hacia él, implorándolo con sus manos juntas, como si él solo hubiera podido sacarla de la situación en que se debatía. Se miraron unos segundos, y luego, la voz ronca del desdichado clamó, á pesar suyo:

—¡Pero hable!.. ¡Hable usted!..

Luisa Donnaz tuvo una suprema vacilación; por fin, en voz muy baja, como si no se dirigiese más que á él sólo, en la intimidad de una suprema confesión, exhaló:

—¡Era su padre de usted, Sr. Lionel!..

Nadie oyó, pero todos adivinaron. Un sordo murmullo salió de todos los pechos y aumentó, poco á poco, hasta llenar el pretorio. Lermantes volvió á caer sobre su banco, con las manos en la cabeza. En la confusión, el presidente hablaba con sus asesores, mientras Rutor se agitaba en su pupitre. Brevine se levantó para presentar conclusiones encaminadas á un suplemento de instrucción. El tribunal se retiró para deliberar sobre las mismas. La sala producía el rumor de un mar agitado; no eran ya los sordos murmullos del principio; el público se estremecía, respiraba fuerte... Estaban servidos á medida de sus deseos, aquellos estragados, ávidos de emociones inéditas: aquel Crevolá, que en todas partes se dormía porque en ninguna encontraba pimienta bastante fuerte para sus espíritus perezosos, aquel Valéns, espectador obligado, desde hacía medio siglo, de los grandes dramas que se representan acá y acullá, en el vasto escenario del mundo; aquel Proz, aquel Lavancher, que creían conocer todas las interioridades parisienses; aquel Montjorat, cuyo arte imitaba tan bien las pasiones verdaderas; y aquel regimiento de hermosas mujeres, cotorras parteras que ahora callaban, porque sentían soplar sobre ellas un viento de misterio y de horror. El tío Marnex, lleno de vergüenza, miraba al suelo como si esperara que se abriese. Los hijos de Lermantes no se atrevían ya á mirarse mutuamente. La señora de Entraque fijaba en ellos sus ojos hundidos por el exceso de emoción. Chaussy se retorció el bigote: la desgracia de aquel enemigo, contra quien sus antiguos rencores se habían exasperado en la polémica, superaba quizá á su odio.

El tribunal entró de nuevo. Las conclusiones de la defensa eran desechadas, con considerandos bien presentados: no existía ningún lazo legal entre la víctima

y el acusado; el testimonio de Luisa Donnaz no aportaba ninguna prueba jurídica de la paternidad del general; aunque esta paternidad fuese cierta, Lermantes no sería más que un hijo adulterino, cuyos derechos y deberes la ley ignora; en ningún caso, se le podía acusar pues de parricidio. Así es que, una vez más, triunfaba una de esas ficciones que violentan, en provecho de nuestros artificios sociales, el orden de los hechos tramados por la naturaleza, extienden su barniz sobre las más ásperas rugosidades de la vida, y ayudan á disimular, bajo el tejido de las apariencias, los horrores de la tenebrosa realidad.

Suspendiéronse los debates hasta el día siguiente.

Los planes del Sr. Motiers de Fraisse se veían desbaratados. La acusación nada perdía, y la defensa se hallaba en plena confusión.

IX

El público se fué bajo la impresión de aquellas revelaciones: obreros, pequeños burgueses, artesanos, hombres de mundo, militares, mujeres hermosas, todos, estragados ó ingenuos, resultaban sacudidos por el mismo estremecimiento. Se los vió salir lentamente del palacio, estacionarse en grupos en la plaza de los Tribunales, dispersarse para regresar á sus casas ó para dirigirse á las estaciones ó hoteles en que los esperaban sus autos ó sus coches. No eran ya exactamente los mismos. Habían venido como á un espectáculo, algo burlones, algo crueles, y se volvían trastornados por una emoción demasiado intensa, tocados de un soplo de piedad. Lermantes más bien había ganado en su espíritu, sin razones precisas, porque había tenido el acento de la sinceridad, una buena actitud, ó porque su caso dispartaba en el fondo de ellos el presentimiento de las catástrofes que en todas partes nos acechan.

Como la envidia ya no tenía objeto, deponía sus armas; y lo mismo hacía el odio. Palabras severas, murmuradas en voz baja, y miradas hostiles siguieron á Chaussy, que salió solo, mirando de reojo á todas partes, con el cigarro en la boca. Dióse cuenta de aquella sorda censura, como hombre acostumbrado á sondear á las muchedumbres; ello fué bastante para apagar la vislumbre de compasión que en su corazón vacilaba. Pasó, desdeñoso y altivo, mientras se recordaban tras él sus campañas venenosas, su habilidad en sembrar la discordia; su arte de explotar los rencores de las clases y las cóleras de los partidos. Dobló la esquina de la avenida de París, sin que nadie se ocupase en él. Nadie pensaba sino en la escena terrible, de que se reponía lentamente á los ruidos de la calle, respirando un aire puro, mirando ir y venir á las personas libres y quizá dichosas. La insignificancia de las frases que sugería, contrastaba con su intensidad. Casi no se oían más que expresiones banales, tontas ó estúpidas. Lola Mantilla, detenida en medio de la acera delante de la prefectura, y golpeando el asfalto con la punta de su sombrilla, dijo á su amiga Alina:

—¡Vaya una causa, camarada!.. ¡Esa sí que es chiel!..

No encontraba nada más expresivo en el vocabulario de sus emociones; pero su bonito y delicado cuerpo vibraba, algo de indefinible llenaba sus ojos negros, infinitos y vacíos. Alina se contentó con menear la cabeza, apretando los labios. Era más inteligente: lo bastante para callarse. Durante el interrogatorio de Luisa Donnaz, había hecho trizas su pañuelo —un rico pañuelo guarnecido de encaje de Malinas,—cuyos jirones continuaba mordiéndolo. Después de un rato de inmovilidad, ambas se marcharon muy aprisa, como estorninos ante la tempestad.

Lavenne y Proz se acercaron á la señora de Luseney, cuyo coche la esperaba á la puerta, pues la buena señora, bajo el peso del enfisema y de los años, no podía dar cuatro pasos sin perder el aliento. Todo lo relacionaba con la literatura, á causa de su costumbre de mirar la vida á través de los libros, del mismo modo que sólo veía la naturaleza á través de los cuadros. Para ella, un paisaje no era más que un Corot, un Daubigny ó un Cabat—los maestros de su juventud,—como una «historia» era siempre un asunto de Zolá, de Daudet, de Dumás hijo ó de Maupassant. Muy encarnada, sofocada, daba golpes con su abanico en el brazo de Lavenne, gritando:

—¿No es eso *Edipo*, amigo mío?.. ¿Eh?.. *Edipo Rey!*.. ¡Ah, esos antiguos mitos renacen siempre!..

Detuvo al paso á Aurora Winkelmann, muy elegante en su traje de calle que reemplazaba su uniforme de abogada: traje de seda gris plata, apenas escotado lo suficiente para dejar libre el hermoso cuello, y sombrero de paja blanca, de ala vuelta hacia arriba por ambos lados.

—¿No es verdad que eso es *Edipo*?.. ¡Ah, parece mentira que semejante drama sea hoy posible!..

La joven letrada ni siquiera se sonrió, á pesar de que le gustaba tanto sonreirse.

—A ver, usted que es de la casa, ¿le cree usted culpable?

—No. Pero temo por él. ¿Qué hacer cuando uno tiene en contra semejante huracán?..

Rehusó la oferta que la señora de Lusney le hizo de conducirla á París, y se alejó rápidamente. Tenía un talle admirable y un porte gracioso. Proz la siguió un instante con la vista y dijo á la señora de Lusney:

—Y decir que informa en el foro..., con gesticulaciones!.. ¡Qué sacrilegio!.. ¿No le parece á usted?..

En el momento en que el carruaje de la vieja se ponía al fin en marcha, aparecieron en la plaza los Sres. de Entraque. El remolino del gentío, á la salida, los había acercado uno á otro, pero no cambiaron ni una palabra; hasta evitaron el mirarse; una vez libres, tiraron cada uno por su lado, presurosos de poner espacio entre sí. Este manejo no escapó á Lavenne, que interrogó á Proz con la vista, y murmuró al mismo tiempo:

—¡Hola, hola, hola!

Proz comprendió, y le puso al corriente:

—Hace tiempo que se llevan mal... Se habló de divorcio... Sin embargo, aun viven juntos...

—¿Pues qué pasa?

El pintor contestó solamente con un gesto evasivo. ¿Lo ignoraba acaso, él que presumía saberlo todo? ¿O, por primera vez en su vida, fué discreto?..

Como el público, los jurados se dispersaron sin muchos discursos. Durnant, Buthier y el coronel Ollomont, que hubieran podido hacerse recusar, sentían haber querido actuar, de tal manera les asustaba el tener que pronunciar un veredicto en semejante causa. Todos pensaban que iban á regresar á sus casas, que hablarían de aquel drama delante de sus hijos, que tendrían que contestar á las preguntas de sus mujeres y de sus amigos... ¡Qué dirían ellos, gran Dios, si ni siquiera sabían qué pensar! Por mal dispuestos que hubiesen estado al principio por aquel hombre emprendedor de negocios y derrochador de dinero, la duda nacía en sus espíritus.

—¡Eso no se puede comprender!, dijo Glary á Mouchebise.

Quizá expresaba así la obscura percepción, que todos sus colegas tenían, de una suerte feroz encarnizada contra un desgraciado. ¿Qué fatalidad los arrojaba, pues, entre el buitre y la víctima? ¿Por qué les incumbía arrancar á ésta de las garras vengadoras ó entregarla para ser destrozada? No había uno solo de ellos á quien no le asustase esta responsabilidad. A excepción, tal vez, de Condemine, que tenía su opinión formada y se preciaba de no cambiar nunca de parecer.

Conthey y Souzier tomaron un tren de las seis y veinticinco. Hablando de lo que acababan de oír, hicieron el hermoso trayecto por el vallado, y luego subieron á pie la larga y recta avenida que conduce de la estación á la vieja ciudad. Su conversación ya no se parecía á sus recientes discusiones. Tan obstinados en su opinión cuando se tiraban á la cabeza los periódicos llenos de pronósticos y suposiciones extravagantes, ahora no sabían qué pensar. Cada uno de ellos, en su buena fe, daba un paso hacia el otro: Souzier admitía que el oráculo Chaussy podía equivocarse, y Conthey que éste podía estar en lo cierto; Souzier reconocía que sus periódicos habían orientado y quizá falseado su juicio, y Conthey no tenía ya fe ninguna en los suyos. ¡Si á lo ménos hubieran podido hacer abstracción completa de aquellas informaciones erróneas, de aquellos comentarios presurosos, de aquel farrago amontonado en torno de la instrucción!.. Pero no podían: la prensa había tendido una especie de velo entre ellos y la verdad; ya nunca estarían completamente seguros de ver con sus propios ojos y de servirse de sus propias luces. Como llegaron á la papelería al mismo tiempo que los periódicos de la tarde, quisieron leer juntos la reseña de las primeras horas de la sesión. ¿Lo que allí les resumían, era realmente lo que acababan de oír? Apenas reconocían los fragmentos del interrogatorio, transcritos textualmente. Aun siendo exactas, las palabras reproducidas presentaban un sentido diferente, tenían otro sonido. Conthey exclamó:

—¡Si lo mismo ha sucedido con la instrucción, con las *interrois* y con lo demás!..

Y Souzier:

—¡Ah, ojalá no hubiésemos oído hablar nunca de eso hasta ahora!.. Nos veríamos realmente libres y podríamos formar juicio...

—¿Qué le hemos de hacer? Tenemos el espíritu lleno de estorbos, y cristales negros delante de los ojos...

Los señores del tribunal salieron del palacio algo más tarde.

Nudrit y Perrón eran vecinos: el primero vivía en la calle de Angiviller, y el segundo en el bulevar del Rey. A menudo se retiraban juntos, dando un paseo por el parque, y su itinerario variaba poco: la terraza del Norte, la calle de los Muñecos ó la de las Tres Fuentes y el estanque de Neptuno. Generalmente hablaban de sus asuntos profesionales. Aquel día, hablaron desde luego del público. Nudrit, poco mundano, no había reconocido más que una parisiense, madama Languard. Perrón le citó algunos de los espectadores contando lo que sabía de sus historias. Luego se informó á su vez:

—¿Quién estaba en las tribunas al lado de la señora de usted?.. ¿Una mujer muy guapa, rubia, elegante?.. Su señora debe conocerla: se hablaron varias veces.

—Nada se le escapa á usted, contestó riendo Nudrit. Es una sueca, la baronesa Khârv. Mi mujer la conoció en Evian, el año pasado. Es viuda. Viaja mucho. No nos acordábamos ya de ella, cuando me escribió suplicándome que la hiciese entrar. ¡Los amigos que á uno le salen en estos casos!.. Cómo se las arregla usted, que tiene tantas relaciones?

—Prometo á todo el mundo y cumplo con los que puedo... ¡Pero á amigas como ésa, da gusto complacerlas!

—La verá usted mañana de cerca, puesto que usted se sirve venir á comer en casa con el presidente. Se alegrará muchísimo de hablar con usted; la magistratura le interesa enormemente. ¡Ve con gusto que el interés es recíproco!..

Volviendo al proceso, discutieron los argumentos de derecho que les había hecho desestimar las conclusiones de Brevine. ¡En verdad, no podía juzgarse de otro modo!

—Sin embargo, dijo en conclusión Nudrit al separarse, qué espantoso parricidio si no es un accidente, si Lermantes estaba enterado; y si todo eso no es más que pura casualidad, ¡á qué feroces caprichos del destino nos hallamos expuestos!

Por su lado, Motiers de la Fraisse y Rutor se dirigieron hacia la estación del ferrocarril de la margen izquierda del Sena. Habían convenido regresar juntos á París, pues ambos vivían cerca de los Inválidos. Despojados de sus togas y birretes, parecían dos buenos burgueses que iban de paseo. Con su alta estatura, su bella presencia y su larga barba, el presidente, de levita y sombrero de copa, conservaba cierta solemnidad; el fiscal, por el contrario, en traje marrón de americana y un sombrero de paja, no parecía el magistrado que poco antes, llevaba en sus anchas mangas el arsenal de los remordimientos y de los castigos. Enervados por su larga contención de espíritu, desde luego evitaron, de común acuerdo—aunque acuerdo tácito,—el hablar de los acontecimientos del día. El espectáculo de las cosas les ayudó á distraerse. Notaron juntos que con sus tranvías eléctricos que se siguen silbando, Versalles no es una ciudad muerta; luego, al atravesar la avenida de París, se detuvieron para contemplar el palacio. Desde allí, sus alas, sus pabellones, sus tejados, sus verjas, sus estatuas, se confunden como sobre un solo término en una masa enorme, de la cual no se distingue ni el carácter ni la belleza. Recordaron el tiempo en que las carrozas, las sillas de manos, las casacas bordadas y los brillantes uniformes hormigueaban en la plaza, atravesada en aquel momento por un democrático simón y un grupo de cavadores.

—¡Todo eso ha muerto!, dijo Motiers de Fraisse.

Cerca de la estación, Rutor miró el reloj de la alcaldía y dijo:

—Creo que se nos ha escapado el tren.

Consultó su guía de ferrocarriles, y vió que no se equivocaba. Partía otro tren dentro de un cuarto de hora. Para hacer tiempo, dieron la vuelta á la plaza, aspirando el aire que empezaba á refrescar. Un *mail-coach* pasó con estrépito á son de trompa. Se acercaron á la verja, cambiaron algunas observaciones sobre el detalle de la arquitectura, demasiado compuesta para el gusto del presidente, avanzaron hasta el patio y volvieron á la estación. En el andén, pasando por el lado de los vagones, vieron á los hijos de Lermantes abismados en el fondo de su departamento. Rutor murmuró:

—¡Infelices!

—La justicia es un gran misterio, contestó Motiers de Fraisse. El castigo de los culpables alcanza á los inocentes.

—¿Por qué?

La pregunta no fué contestada. Quizá ambos comprendieron que no admitía contestación ninguna. O bien retrocedieron ante la que debió acudir á su espíritu: si los inocentes son castigados con los culpables, á veces por ellos ó más que ellos, es que la justicia no es tal justicia, ó que es ciega como en esas estatuas en que los artistas antiguos la representan

con una espada en la mano y una venda sobre los ojos...

El tren silbó. Versalles desapareció muy pronto. Los dos magistrados iban solos. Sus miradas buscaban en lontananza los movimientos armoniosos del paisaje, los grupos de árboles, los bosques, las casas tranquilas, el gran cielo azul en que se disipan el ruido y el humo. Habían comprado periódicos, pero no los abrieron. Hubieran querido charlar, como poco antes, pero no pudieron. Al fin, Rutor soltó la pregunta que le asediaba:

—¿Qué dice usted de todo eso, señor presidente?

El Sr. Motiers de Fraisse, contrariado, frunció el ceño, pasó la mano por su barba, con su gesto habitual, y contestó:

—Es una causa difícil...

—Como todas aquellas en que hay que interpretar el hecho... ¿Cómo saber?.. ¿Cómo remontar del acto cierto á la intención, única que lo haría criminal?..

El Sr. Motiers de Fraisse no contestó. El también, tiempo atrás, había requerido en nombre de la sociedad, y hecho caer dos ó tres cabezas. Ahora se felicitaba de verse descargado de aquel oficio. Atrincherado en la neutralidad de sus funciones, dejaba que los hechos hablasen. ¿Forzaba involuntariamente el lenguaje de éstos? El creía que no. Entre las tesis contrarias de la acusación y de la defensa, la elección era incumbencia del jurado. El tenía el fiel de la balanza. El veredicto determinaba la sentencia; él la formulaba con la serenidad de un aparato registrador.

—En cuanto al último incidente, repuso cambiando de conversación, no puede entrar en cuenta, inútil es decirlo; la ley no se ocupa con semejante paternidad.

—Esa paternidad no por eso deja de existir.

—Jurídicamente, no existe. Por consiguiente, debemos ignorarla.

—¡Ignoramos tantas cosas!.. Unas porque queremos, otras porque se nos escapan... Sin embargo, hay que juzgar...

Motiers de Fraisse se puso algo nervioso: aquellas reflexiones le hubiesen asustado en labios de cualquiera; con más razón le inquietaban en boca de un magistrado. Estimaba que la crítica ha de ser muy prudente, cuando toca á las instituciones protectoras del orden social. Sin duda es difícil conciliar su ejercicio con el culto de ese absoluto intangible que se llama la justicia; pero cuanto más delicado es el problema, más importa no abordarlo sino con extremas precauciones. ¿Si se profundizan demasiado los cimientos de una construcción necesaria, no se corre peligro de hacerla vacilar? ¡Bastantes utopistas y charlatanes se encargan de esa tarea, para que los responsables y los competentes se metan aturdidamente en prestarles apoyo! Reflexionó un instante; quizá buscaba un medio de expresar su parecer sin molestar á su compañero. Pensó que lo mejor es siempre que hablé la experiencia; rompiendo, pues, con las generalidades, repuso:

—¿El acusado conocía esa paternidad? He aquí la única cuestión que nos interesa. Porque, si la conocía, podía también conocer ó prever el testamento.

—Eso no es del todo seguro, replicó Rutor, que presentaba objeciones para hacerlas refutar.

—Es sumamente posible: si conocía esa paternidad, que explica el testamento, ¿por qué nos la ocultó? ¡Evidentemente porque es culpable!

—No confesará nunca que la conociera.

—¿Quién sabe? Volveré á citar á la vieja. Los examinaremos contradictoriamente.

—Y si en realidad no la conocía, nunca llegaremos á una certeza que le sea favorable: ¡admitiremos su afirmación á falta de una prueba contraria, y punto concluido!..

—¡Deje usted esos argumentos para Brevine!, dijo en conclusión Motiers de Fraisse; son de los que él sabe muy bien sacar partido; ¡tenga usted la seguridad de que no dejará de hacerlo!

Rutor calló; prosiguiendo la vía abierta por su dilema presentía las consecuencias infinitas de aquella desigualdad de valor entre las pruebas que acusan y las que disculpan, y aquellas dudas se hacían más crueles. Sin embargo, comprendiendo que su crítica lastimaba á un hombre mejor adaptado que él á la carrera, ó de espíritu más dogmático ó menos audaz, no la llevó más adelante.

—Sea como fuere, dijo sin embargo, hemos tenido una bella escena de melodrama, aunque no tenemos ni una prueba más.

El Sr. Motiers de Fraisse replicó secamente:

—Ni una presunción menos. ¡Y las hay graves!

—Es verdad, concedió Rutor...

Pero repuso en seguida:

(Se continuará.)

AVENTURAS Y VIAJES MARAVILLOSOS É INSTRUCTIVOS DE JUANITO Y JUANITA

Novelita para la infancia, Original de Noguerras Oller



—Muy pronto comprendí, repuso Juanita, que los dos guardas eran agentes de orden público. Grande fué mi terror por lo tanto al notar que no solamente se burlaban de nosotros por haber incurrido en el delito involuntario de omitir la interrogación al formular la pregunta, sino que llevaban el intento de tratarnos como á infractores de la ley.

Sujetáronnos del brazo con mano férrea, y así cogidos, y sobrecogidos de espanto, casi empujados con crueldad, recorrimos sin fin de calles, hasta que repuesto un poquitín Juanito del susto consiguiente, se declaró en heroica rebeldía.

—¡Zeñorez zoldadoz!, lez dije. ¡Nozotroz no zomoz ladronez!

Loz doz ze puzieron á reir con todaz zus fuerzas, que eran muchaz, y uno de eloz guiñó el ojo como indicando: «¡No te decia yo!»

—¡Repito que no zomoz ladronez!, grité negándome á zeguir.

—¡Ya zabemos que no lo zoiz!, dijo el agente que custodiaba á Juanita.

—En ezte cazo, repuze, ¿van uztedez á decirnoz dónde noz llevan?

—A la oficina de informaciones, contestó secamente á mi hermano el otro policia. Dióse por satisfecho Juanito y anduvo sin rebelarse ya, sin miedo, con la cabeza erguida. Yo, francamente señor vecino, poco podía con mi alma. Los más negros presentimientos laceraban mi corazón, y á duras penas me sostenían los pies.

Por fin llegamos, como ya temía, al Gobierno Civil; y sin mediar siquiera una explicación, fuimos encerrados en una sala grande, sin mueble alguno, excepto dos ó tres sillas.

En la pared del fondo, una ventana protegida por fuertes barrotes acababa de amedrentarnos.

Un ronco estertor de agonía y remordimiento partía del hueco de la ventana, y aunque el miedo nos helaba el corazón, pudo más la curiosidad que el miedo...

—¡Otro fenómeno, zeñor! Maz no de cinco cabezaz; de doz como CH.

«—Soy Q, muchachos, nos dijo al vernos. Grande es mi desventura. Trabajaba con mucho aplauso en el «Pabellón de los Fenómenos» y héteme aquí que envaneado por el éxito, forjé una atracción que causó mi ruina, mi descrédito y, lo que todavía es peor, la condena que sufro.

«Abandoné el Pabellón. Hice construir por mi cuenta un quiosco. Cubrí, con militar orgullo, mi cabeza con un quepis. Y me exhibí levantando objetos que pesaban la mar de quilos, prometiendo además que de un solo salto salvaría la enorme distancia de un quilómetro.

«El público acudió en masa; pero, ¡triste de mí!, no fué para aplaudirme llenándome de gloria, sino para desatar sus furias contra mi cuerpo que todavía sangra...

«Mi enemiga doña K capitaneó el tumulto. Quemaron mi quiosco. Destrozaron mi quepis. Arrojaron sobre mi cuerpo todos cuantos quilos pretendía levantar; dejáronme, en fin, tan cojo y mal parado, que fué imposible efectuara el salto prodigioso y quilométrico.

«Y ni con eso terminaron mis desventuras. K me acusó de usurpador... Los jueces dictaminaron contra mí... Y aquí estoy, en la cárcel, mientras mi enemiga luce, humillándose, el quepis, vive en suntuoso kiosco, levanta kilos y recorre kilómetros, diciendo que para mí no hay mejor lauro que el de una esquelita mortuoria.»

Nos retiramos de la ventana llenos de pesadumbre. Nos sentamos sin hacer ruido, y un gato vino á restregar su chata nariz contra el cuero de mis botas. Centelleaban sus pupilas fosforescentes en la penumbra de la sala y evadí cuanto pude el contacto de su cabeza como si fuera un demonio.

—Era de Angora. ¡Un gato bellísimo! Zu pelo, suave, fino como la zeda. Zuz bigotez, parecían flechaz clavadaz en el hocico. Jugué con él hasta que...

—Hasta que nos dormimos. Los arrullos y el calor del manso animal nos hicieron quizá más llevadera la estancia en el muy duro y frío aposento que nos servía de cárcel.

Ya muy entrado el día nos condujeron á presencia del ilustre gobernador de la ciudad.

Nos consideró todavía demasiado jóvenes para exigirnos responsabilidad y nada encontró de punible en nuestra conducta.

Sin embargo, nos aconsejó que si queríamos permanecer tranquilos y bien considerados en Ortografía, era menester que nos esforzáramos en inquirir y respetar sus leyes y costumbres.

En esto se abrió la mampara del despacho, apareciendo el rostro furibundo de un jefe de policia.

«—Excelencia, dijo con fatigada voz, acabo de detener á dos irreconciliables enemigas, dos sempiternas alborotadoras.

«—¡Magnífico! ¿Sabe usted sus nombres?

«—La una se llama B.

«—¿Y la otra?

«—V.

«—¿Dónde, por qué y de qué manera tuvo lugar el escándalo?

«—En la puerta de un lavadero público, Excelencia.

«—Que pasen.

Ambas detenidas echaban lumbre por los ojos.

—Ambaz quizeron manifeztar zuz quejaz y razonéz á la vez, manoteando y chillando; pero el zeñor Gobernador laz dejó zordo-mudaz con zu gran voz de trueno: «¡Que hable B! ¡Antez que V, la B!»

«—Ya que su Excelencia me concede permiso para defenderme (me asegura Juanita que dijo B.), voy á denunciar un abuso largo tiempo tolerado: La V, vive

impunemente en un lugar que fué denominado en latín *Mirabilia*, el cual me pertenece.

«—¿Y en qué funda usted su derecho, señora B?, preguntó con toda gravedad el gobernador.

«—En que, sabido el origen, debe denominarse el citado lugar *Marabilla* y no *Maravilla*.

«—Usted olvida señora B, vociferó la autoridad civil ortográfica, retorciendo sus bigotes, usted olvida que, toda costumbre largamente respetada, se convierte en ley, y, la ley, sepa usted, no puede ser burlada en lo más mínimo. ¡Ante todo la ley!

—B manifestó con un gesto no estar conforme con el aplastante argumento del gobernador.

«—Y zi no baztan miz razones, repuzo ézte, pregunte uzted la cauza por la cual, loz abogadoz, con zer muy entendidoz en lo que á derecho ze refiere, no la echan á uzted de zuz letreroz, donde ze lee *abogado* y no *avogado* con derivar del *advocatus* latino.»

—B, se calló muy corrida y avergonzada, pues comprendió, señor vecino, que no era del caso denunciar un abuso de la V cuando la acusadora se hallaba también en parecido estado de denuncia.

«—La señora V, tiene la palabra, dijo el gobernador.

«—Yo no necesito defenderme, Excelencia, ya que con sólo relatar el suceso, la razón andará de mi parte, que no en vano me envanezco de ver el valor de los vocablos donde vivo!

«A eso de las ocho de la mañana, he visto muy cerca de mí dos ojos que me miraban burlonamente.

«Como es lógico, me llené de extrañeza y de temor, ya que, por residir de mucho tiempo acá, no tan sólo encima de un portal de relativa altura, sino también detrás de una verde rama de pino, excuso decir que estaba al abrigo de toda mirada indiscreta.

«¡Van á echarte de aquí, de este dulce retiro!, me dije no sin cierto dolor. Y en efecto, muy pronto aspiré con zozobra el olor, por no decir hedor, de la pintura al óleo...

«Un hombre que sin duda alguna se las daba de artista, hay que tener en cuenta que los cabellos le cubrían buena parte del rostro, se había encaramado en una escalerilla portátil y *zis, zas, zis, zas*, á fuerza de mancharme con bermellón, valiéndose de un bastoncito sumamente delgado, que también usa cabellera y lleva el nombre de pincel, ha concluído por echarme al arroyo.

«Él se figuró sin duda asesinar-me, dada la crueldad con que me daba con el pincel, pero usted sabe señor gobernador que, nosotras, las letras, somos inmortales.

«En cuanto me vi arrojada del sitio en que me hallaba tan cómodamente, porque sepa usted, señor gobernador, que la rama de pino me protegía del polvo y de la lluvia, formando una muy deliciosa gloria, donde escasamente penetraban los rayos del sol, para dejar en cambio el paso libre á las más em-



Valencia. Inauguración de la segunda Asamblea Nacional de Editores y Libreros.—Grupo de asambleístas y de sus familias (De fotografía de V. Barberá Masip.)

brigadoras emanaciones del zumo de las uvas, del ajeno, y del...

»—¡Petróleo!, gritó el gobernador sin duda fastidiado de la poética verbozidad de la señora V. ¡La echaron á usted del letrero, porque el lugar en cuestión, era una taberna y usted vivía allí tan campante, sin otra razón que la de una punible ilegalidad de un mal pintor, que allí la puso, sin conocer las leyes ortográficas!»

—Calcule pues, señor vecino, la alegría que B experimentó... Sin embargo, la señora V, sin darse por vencida, prosiguió muy serena y segura de que la causa se fallaría, en último término, á su favor:

«—Como he dicho, la fatalidad dió conmigo en el arroyo. Yo estaba naturalmente triste, nerviosa, y no sabía qué partido tomar... ¿Dónde vivir? ¿Dónde colocarme, en fin, para llevar una vida longeva, decisiva, virtuosa, nueva, grave?»

»Así estaba vacilando sobre el camino que debía emprender, cuando el viento me empujó... Y anduve, anduve, hasta caer desfallecida cerca de un bulto que me obstruía el paso...

»Era un enorme cuévano, lleno de ropa cuyo estado de limpieza daba mucho que desear, pero ¡qué demonios!, yo estaba tan molida, tan cansada, que discurrí que buen reposo fuera tenderme sobre la ropa...

»Realicé el deseo que hervía en mi corazón sin pérdida de tiempo, y, grande fué mi alegría cuando noté, algo así como un dulce vaivén...

»No cabía duda el cuévano se movía; avanzaba; era mi carruaje.

»Un hombre cuyo paso levantaba un rumor de zuecos sobre las losas de la calle, nos llevaba en hombros... Este ruido me alarmó algún tanto, pero cuando experimenté verdadero pavor, fué al notar otro ruido, cada vez más próximo y terrible...

»¡Triste suerte la mía! Aquel hombre estaba empleado sin duda en algún lavadero próximo y era inminente mi desgracia.

»¡Uf, tras de un vapuleo considerable me echarían en agua hirviendo, y sufriría el cáustico martirio de la sosa!

»Y aunque me confortara la idea de que unas hojas de laurel fuesen depositadas junto á mí como trofeo de gloria, justo es consignar que no me hallaba muy dispuesta al sacrificio.

»Me erguí cuanto pude y así logré agarrarme á una especie de cornisa del portal del lavadero en cuestión, que, por ser muy bajo, rozó con él la ropa del cuévano.

»¡Y cuál no sería mi entusiasmo al ver que por entre las verdes hojas de una parra, y en apacible consorcio, se hallaban agrupadas ocho letras, entre las cuales una de ellas debía cederme el sitio, quieras que no, por ser esta letra, la B, la que está presente y no tener derecho alguno de figurar en LAVADERO.

»La invité con los mejores modales del mundo á que abandonara un lugar que de toda justicia me pertenecía, pero de las buenas palabras no saqué provecho y héteme allí, señor gobernador, agarrada á ella y ella chillando hasta que vino el jefe de policía y aquí estamos las dos para que su Excelencia determine y ordene en consecuencia.

»—¡Vaya usted á descansar en la cornisa del lavadero que bien lo necesita, señora V, después de tanto correr y charlar!, dijo el gobernador. ¡Y corra usted, señora B, sin perder un momento á embriagarse con los vapores del zumo de las uvas, del anís y del petróleo bajo la glorieta del ramo de pino verde del tabernucho en cuestión que el célebre pintor de marras ya no sabe qué machicha cantar tras de tan larga espera!..»

—Semejante proceder nos hizo pensar que nos hallábamos en presencia del mismísimo Salomón, y, Juanito y yo, convinimos almacenar en el reducido depósito de nuestra memoria todos cuantos consejos tuviera á bien suministrarnos.

NOGUERAS OLLER.

VALENCIA.—SEGUNDA ASAMBLEA NACIONAL DE EDITORES Y LIBREROS

Durante los días 22, 23 y 24 de este mes celebró sus sesiones la segunda Asamblea Nacional de Editores y Libreros españoles reunida en Valencia, según acuerdo adoptado en la asamblea primera que se congregó en Barcelona en junio de 1909.

Dos puntos de gran importancia se han tratado, referentes el uno al tanto por ciento de descuento que ha de concederse á los libreros para la venta de libros de texto en comisión, y el otro á la expansión comercial del libro en las repúblicas americanas. Sobre el primero discutió el informe que habían presentado varios libreros de Salamanca y respecto del segundo, la discusión versó sobre el luminosísimo trabajo de los Sres. San Martín y Martínez Reus, que contiene las bases, debidamente explicadas y fundamentadas, para un proyecto de expansión comercial del libro en las repúblicas hispanoamericanas.

A la asamblea han concurrido los más conocidos editores y libreros de toda España.

La sesión inaugural efectuóse en el magnífico salón de actos de la pasada Exposición Regional Valenciana, siendo presidida por D. Fernando Fe, y en ella fueron elegidos presidente y secretario respectivamente de la asamblea D. Federico Doménech y el Sr. Maragat. Terminado el acto, los asambleístas fueron obsequiados en el palacio del Ayuntamiento con un te.

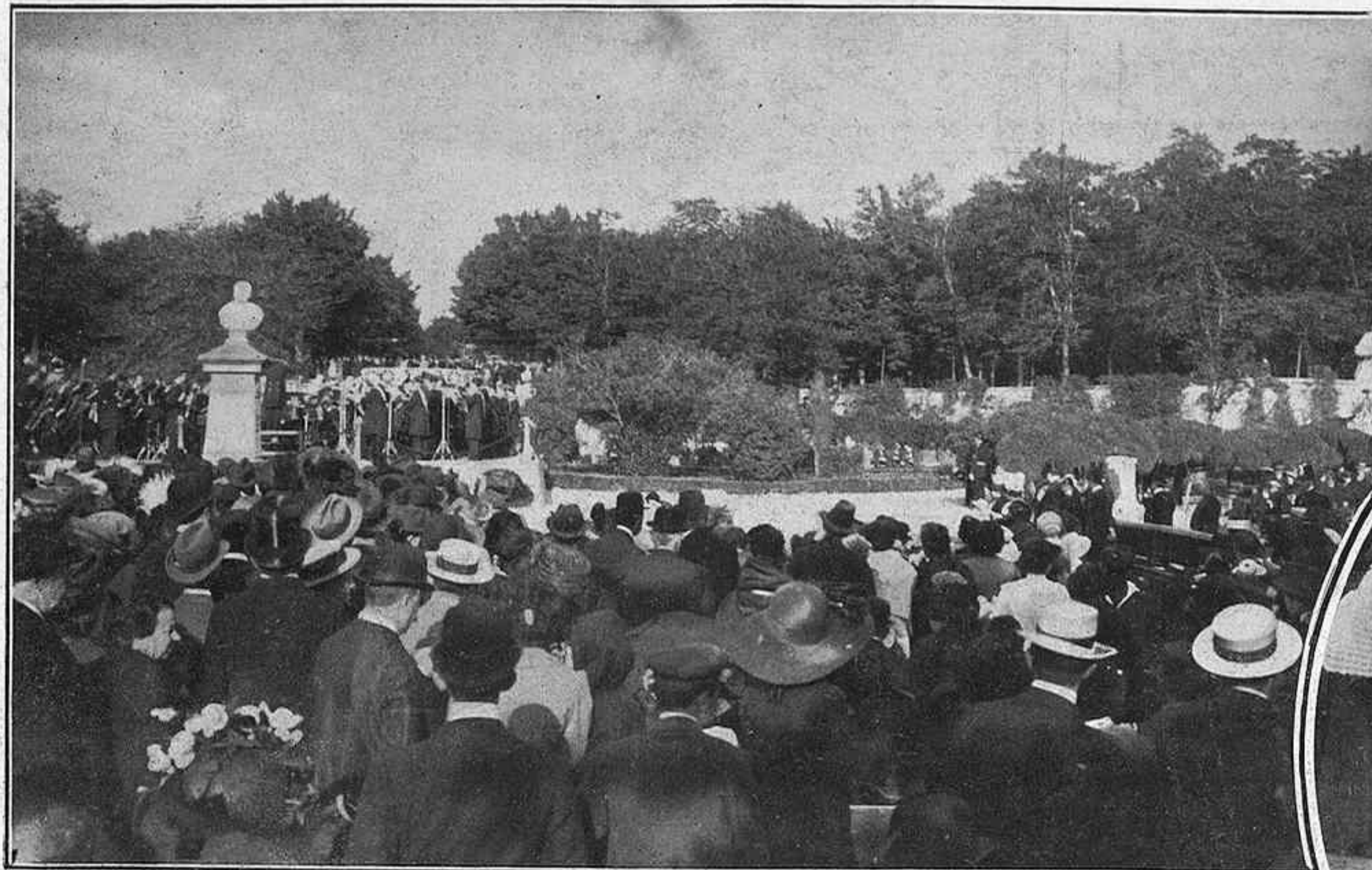
En la sesión de clausura leyéronse las conclusiones aprobadas y pronunciaron elocuentes discursos el catedrático del Instituto de Valencia D. Modesto Jiménez de Bentsosa, el Sr. Rodríguez, de Burgos, el Sr. Fe, de Madrid, el alcalde y el gobernador.

El día 25 realizóse una jira á la Dehesa y Albufera, con que la Comisión organizadora obsequió á los asambleístas y á sus familias.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, Bescherelle, Littré, Salvá y los últimamente publicados, por D. Nemesio Fernández Cuesta.—Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los neologismos, las etimologías, los términos de ciencias artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada.—Obra reconocida por el ministro d Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy.

MADRID.—CONCIERTO CELEBRADO EN EL PARQUE DEL RETIRO EN HONOR DE LOS EXCURSIONISTAS ASTURIANOS



Vista del Parque durante el concierto ejecutado por la Banda Municipal

En el *parterre* del Parque de Madrid se celebró en la tarde del 18 un concierto en honor de los excursionistas asturianos, que hace pocos días llegaron á la corte procedentes de Gijón, habiéndose dignado honrar el acto con su presencia S. M. la reina doña Victoria y su augusto hijo el príncipe de Asturias.

Público muy numeroso concurrió á la simpática fiesta. A la derecha de la estatua del doctor Benavente, y sobre una alfombra, habíanse colocado los sillones para las reales personas y jefes de palacio.

La banda municipal situóse en la meseta del Parque, cuyas avenidas estaban llenas de público.

Al llegar S. M. la reina con su augusto hijo, fué recibida á la puerta del Retiro por el gobernador civil Sr. Fernández Latorre, alcalde Sr. Francos Rodríguez, concejal Sr. Martínez Kleisser, jefe superior de policía Sr. Fernández Llano, personalidades distinguidas de Asturias, Junta del Centro de Asturianos y otras personas.

Acompañaban á la reina y al príncipe la duquesa de San

Carlos, condesa viuda de los Llanos y duque de Santo Mauro.

Vestía la soberana elegante traje color azul pálido, cubriendo su cabeza con sombrero de plumas y fondo negro.

Su Alteza el príncipe de Asturias llevaba un trajecito blanco con sombrero del mismo color.

Al entrar las reales personas en el parque, fueron saludadas con entusiastas aclamaciones del público.

El príncipe, que era llevado de la mano por su augusta madre, saludaba cariñosamente á la muchedumbre, que, dando muestras de júbilo, ante la presencia del augusto niño, no cesaba un instante de vitorearle, mientras la música tocaba la *Marcha Real*.

Las reales personas ocuparon los sillones, teniendo la reina

á su derecha al príncipe, y en puestos inmediatos, á los jefes de Palacio con las autoridades.

Comenzó el concierto con la mayor brillantez, siendo aplaudidos la banda municipal y el maestro Villa.

Después de ejecutarse los *Cantos regionales asturianos*, de Villa, la reina, con su augusto hijo, abandonó el *parterre*, repitiéndose en el público las ovaciones y vítores de la brillante fiesta celebrada en honor de los excursionistas asturianos.



S. M. la reina Victoria y S. A. R. el príncipe de Asturias
(De fotografías de Asenjo y Salazar.)

En el exterior del recinto, donde se apiñaba numeroso público, repitiéronse las aclamaciones á la reina y al príncipe de Asturias, que, sonriente y con el mayor afecto, saludaba con la mano á los centenares de personas que rodeaban al carruaje.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE
Curadas por el mas activo y economico. el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

URANIA
INCOMPARABLE
600 ptas.

La más sólida, visible y perfeccionada.
Agente General para España
JUAN ROVIRA - CORTES, 619, BAJOS
BARCELONA

DICCIONARIO
de las lenguas española y francesa
por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadrados 55 pesetas
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS B^{is} St-Denis, 16

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{is} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN